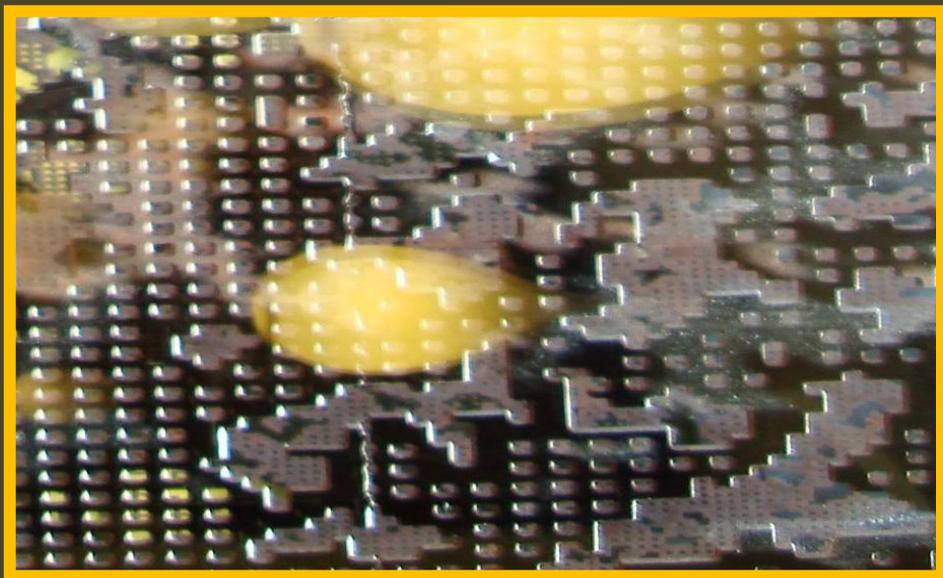


Selección de Francisco Garzón Céspedes y José Víctor Martínez Gil
de la cuentística publicada por COMOARTES

Trece cuentos iberoamericanos Siglos XIX, XX, XXI

Manuel Payno / Manuel A. Alonso / Vicente Riva Palacio / J. M. Machado de Assis
Horacio Quiroga / José Eustasio Rivera / Abraham Valdelomar / César Vallejo
F. Garzón Céspedes / Mayda Bustamante / Fátima Martínez, Salomé Guadalupe Ingelmo, Liliana Pedroza



COMOARTES
ediciones

Trece cuentos iberoamericanos Siglos XIX, XX y XXI

Selección de
Francisco Garzón Céspedes
y José Víctor Martínez Gil
de la cuentística publicada
por COMOARTES

COMOARTES
ediciones

© Los autores, de sus cuentos
© De la selección: Francisco Garzón Céspedes / José Víctor Martínez Gil
© Ediciones COMOARTES
Colección Los Libros de las Gaviotas
Edición especial.

De este libro: todos los derechos reservados

*Toda reproducción de este libro debe contar
con permiso escrito previo
ciinoe@hotmail.com*

Primera edición digital: Madrid, España, 2014

Fotos de la portada: Fragmento de una foto de José Víctor Martínez Gil
Diseños: Gabinete de Prensa COMOARTES
Notas: Ediciones COMOARTES

Manuel Payno, Manuel A. Alonso,
Vicente Riva Palacio, J. M. Machado de Assis,
Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera,
Abraham Valdelomar, César Vallejo,
Francisco Garzón Céspedes,
Mayda Bustamente Fontes, Fátima Martínez Cortijo,
Salomé Guadalupe Ingelmo, Liliana Pedroza Castillo

Trece cuentos iberoamericanos Siglos XIX, XX y XXI

DECÁLOGO DEL ESCRITOR DE NARRATIVA

La literatura es metáfora de lo posible.

La página en blanco es metáfora de lo infinito.

La ficción es metáfora de la omnipotencia.

Los personajes son metáfora de la omnisciencia.

Los argumentos son metáfora de la omnipresencia.

El estado de inspiración es metáfora de la decisión.

El comienzo es metáfora de la pasión.

La culminación es metáfora del proceso.

El mensaje es metáfora del compromiso.

La creación es metáfora de la apertura.

FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES

MANUEL PAYNO

(México, 1810/1834)

AMOR SECRETO

Mucho tiempo hacía que Alfredo no me visitaba, hasta que el día menos pensado se presentó en mi cuarto. ‘Su palidez, su largo cabello que caía en desorden sobre sus carrillos hundidos, sus ojos lánguidos y tristes, y por último, los marcados síntomas que le advertía de una grave enfermedad me alarmaron sobremanera, tanto, que no pude evitar el preguntarle la causa del mal, o mejor dicho, el mal que padecía.

–Es una tontería, un capricho, una quimera lo que me ha puesto en este estado; en una palabra, es un amor secreto.

–¿Es posible?

–Es una historia –prosiguió– insignificante para el común de las gentes; pero quizá tú la comprenderás; historia, te repito, de esas que dejan huellas tan profundas en la existencia del hombre, que ni el tiempo tiene poder para borrar.

El tono sentimental, a la vez que solemne y lúgubre de Alfredo, me conmovió al extremo; así es que le rogué me contase esa historia de su amor secreto, y él continuó:

–¿Conociste a Carolina?

–¡Carolina!... ¿Aquella jovencita de rostro expresivo y tierno, de delgada cintura, pie breve?...

–La misma.

–Pues en verdad la conocí y me interesó sobremanera... pero...

–A esa joven –prosiguió Alfredo– la amé con el amor tierno y sublime con que se ama a una madre, a un ángel; pero parece que la fatalidad se interpuso en mi camino y no permitió que nunca le revelara esta pasión ardiente, pura y santa, que habría hecho su felicidad y la mía.

La primera noche que la vi fue en un baile; ligera, aérea y fantástica como las sílfides, con su hermoso y blanco rostro lleno de alegría y de entusiasmo. La amé en el mismo momento, y procuré abrirme paso entre la multitud para llegar cerca de esa mujer celestial, cuya existencia me pareció desde aquel momento que no pertenecía al mundo sino a una región superior; me acer-

qué temblando, con la respiración trabajosa, la frente bañada de un sudor frío... ¡Ah!, el amor, el amor verdadero es una enfermedad bien cruel. Decía, pues, que me acerqué y procuré articular algunas palabras, y yo no sé lo que dije; pero el caso es que ella con una afabilidad indefinible me invitó a que me sentase a su lado; lo hice, y abriendo sus pequeños labios pronunció algunas palabras indiferentes sobre el calor, el viento, etcétera; pero a mí me pareció su voz musical, y esas palabras insignificantes sonaron de una manera tan mágica a mis oídos que aún las escucho en este momento. Si esa mujer en aquel acto me hubiera dicho: Yo te amo, Alfredo; si hubiera tomado mi mano helada entre sus pequeños dedos de alabastro y me la hubiera estrechado; si me hubiera sido permitido depositar un beso en su blanca frente... ¡oh!, habría llorado de gratitud, me habría vuelto loco, me habría muerto tal vez de placer.

A poco momento un elegante invitó a bailar a Carolina. El cruel, arrebató de mi lado a mi querida, a mi tesoro, a mi ángel. El resto de la noche Carolina bailó, platicó con sus amigas, sonrió con los libertinos pisaverdes; y para mí, que la adoraba, no tuvo ya ni una sonrisa, ni una mirada, ni una palabra. Me retiré cabizbajo, celoso, maldiciendo el baile. Cuando llegué a mi casa me arrojé en mi lecho y me puse a llorar de rabia.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue indagar dónde vivía Carolina; pero mis pesquisas por algún tiempo fueron inútiles. Una noche la vi en el teatro, hermosa y engalanada como siempre, con su sonrisa de ángel en los labios, con sus ojos negros y brillantes de alegría. Carolina se rió unas veces con las gracias de los actores, y se enterneció otras con las escenas patéticas; en los entreactos paseaba su vista por todo el patio y palcos, examinaba las casacas de moda, las relumbrantes cadenas y fistoles de los elegantes, saludaba graciosamente con su abanico a sus conocidas, sonreía, platicaba... y para mí, nada... ni una sola vez dirigió la vista por donde estaba mi luneta, a pesar de que mis ojos ardientes y empapados en lágrimas seguían sus más insignificantes movimientos. También esa noche fue de insomnio, de delirio; noche de esas en que el lecho quema, en que la fiebre hace latir fuertemente las arterias, en que una imagen fantástica está fija e inmóvil en la orilla de nuestro lecho.

Era menester tomar una resolución. En efecto, supe por fin dónde vivía Carolina, quiénes componían su familia y el género de vida que tenía. ¿Pero cómo penetrar hasta esas casas opu-

lentas de los ricos? ¿Cómo insinuarme en el corazón de una joven del alto tono, que dedicaba la mitad de su tiempo a descansar en las mullidas otomanas de seda, y la otra mitad en adornarse y concurrir en su espléndida carroza a los paseos y a teatros? ¡Ah!, si las mujeres ricas y orgullosas conociesen cuánto vale ese amor ardiente y puro que se enciende en nuestros corazones; si miraran el interior de nuestra organización, toda ocupada, por decirlo así, en amar; si reflexionaran que para nosotros, pobres hombres a quienes la fortuna no prodigó riquezas, pero que la naturaleza nos dio un corazón franco y leal, las mujeres son un tesoro inestimable y las guardamos con el delicado esmero que ellas conservan en un vaso de nácar las azucenas blancas y aromáticas, sin duda nos amarían mucho; pero. . . las mujeres no son capaces de amar el alma jamás. Su carácter frívolo las inclina a prendarse más de un chaleco que de un honrado corazón; de una cadena de oro o de una corbata, que de un cerebro bien organizado.

He aquí mi tormento. Seguir lánguido, triste y cabizbajo, devorado con mi pasión oculta, a una mujer que corría loca y descuidada entre el mágico y continuado festín de que goza la clase opulenta de México. Carolina iba a los teatros, allí la seguía yo; Carolina en su brillante carrera daba vueltas por las frondosas calles de árboles de la Alameda, también me hallaba yo sentado en el rincón oscuro de una banca. En todas partes ella estaba rebotando alegría y dicha, y yo, mustio, con el alma llena de acíbar y el corazón destilando sangre.

Me resolví a escribirle. Di al lacayo una carta, y la noche me fui al teatro lleno de esperanzas. Esa noche acaso me miraría Carolina, acaso fijaría su atención en mi rostro pálido y me tendría lástima... era mucho esto: tras de la lástima vendría el amor y entonces sería yo el más feliz de los hombres. ¡Vana esperanza! En toda la noche no logré que Carolina fijase su atención en mi persona. Al cabo de ocho días me desengañé que el lacayo no le había entregado mi carta. Redoblé mis instancias y conseguí por fin que una amiga suya pusiese en sus manos un billete, escrito con todo el sentimentalismo y candor de un hombre que ama de veras; pero ¡Dios mío! , Carolina recibía diariamente tantos billetes iguales; escuchaba tantas declaraciones de amor; la prodigaban desde sus padres hasta los criados tantas lisonjas, que no se dignó abrir mi carta y la devolvió sin preguntar ni aun por curiosidad quién se la escribía.

¿Has experimentado alguna vez el tormento atroz que se siente, cuando nos desprecia una mujer a quien amamos con toda la fuerza de nuestra alma? ¿Comprendes el martirio horrible de correr día y noche loco, delirante de amor tras de una mujer que ríe, que no siente, que no ama, que ni aun conoce al que la adora?

Cinco meses duraron estas penas, y yo constante, resignado, no cesaba de seguir sus pasos y observar sus acciones. El contraste era siempre el mismo: ella loca, llena de contento, reía y miraba el drama que se llama mundo al través de un prisma de ilusiones; y yo triste, desesperado con un amor secreto que nadie podía comprender, miraba a todas las gentes tras la media luz de un velo infernal.

Pasaban ante mi vista mil mujeres; las unas de rostro pálido e interesante; las otras llenas de robustez y brotándoles el nácar por sus redondas mejillas. Veía unas de cuerpo flexible, cintura breve y pie pequeño; otras robustas, de formas atléticas; aquéllas de semblante tétrico y romántico; las otras con una cara de risa y alegría clásica; y ninguna, ninguna de estas flores que se deslizaban ante mis ojos, cuyo aroma percibía, cuya belleza palpaba, hacían latir mi corazón, ni brotar en mi mente una sola idea de felicidad. Todas me eran absolutamente indiferentes; sólo amaba a Carolina, y Carolina... ¡Ah!, el corazón de las mujeres se entenece, como dice Antony, cuando ven un mendigo o un herido; pero son insensibles cuando un hombre les dice: "Te amo, te adoro, y tu amor es tan necesario a mi existencia como el sol a las flores, como el viento a las aves, como el agua a los peces" ¡Qué locura! Carolina ignoraba mi amor, como te he repetido, y esto era peor para mí que si me hubiese aborrecido.

La última noche que la vi fue en un baile de máscaras. Su disfraz consistía en un dominó de raso negro; pero el instinto del amor me hizo adivinar que era ella. La seguí en el salón del teatro, en los palcos, en la cantina, en todas partes donde la diversión la conducía. El ángel puro de mi amor, la casta virgen con quien había soñado una existencia entera de ventura doméstica, verla entre el bullicio de un carnaval, sedienta de baile, llena de entusiasmo, embriagada con las lisonjas y los amores que le decían. ¡Oh! , si yo tuviera derechos sobre su corazón, la hubiera llamado y con una voz dulce y persuasiva le habría dicho: "—Carolina mía, corres por una senda de perdición; los hombres sensatos nunca escogen para esposas a las mujeres que se encuentran

en medio de las escenas de prostitución y voluptuosidad; sepárate por piedad de esta reunión cuyo aliento empaña tu hermosura, cuyos placeres marchitan la blanca flor de tu inocencia; ámame sólo a mí, Carolina, y encontrarás un corazón sincero, donde vacíes cuantos sentimientos tengas en el tuyo: ámame, porque yo no te perderé ni te dejaré morir entre el llanto y los tormentos de una pasión desgraciada.” –Mil cosas más le hubiera dicho; pero Carolina no quiso escucharme; huía de mí y risueña daba el brazo a los que le prodigaban esas palabras vanas y engañosas que la sociedad llama galantería. ¡Pobre Carolina! La amaba tanto, que hubiera querido tener el poder de un Dios para arrebatarla del peligroso camino en que se hallaba.

Observé que un petimetre de estos almibarados, insustanciales, destituidos de moral y de talento, que por una de tantas anomalías .aprecia y puede decirse venera la sociedad, platicaba con grande interés con Carolina. En la primera oportunidad lo saqué fuera de la sala, lo insulté, lo desafié, y me hubiera batido a muerte; pero él, riendo, me dijo: “–¿Qué derechos tiene usted sobre esta mujer? –Reflexioné un momento, y con voz ahogada por el dolor le respondí: “–Ninguno.” “–Pues bien –prosiguió riéndose mi antagonista–, yo sí los tengo y lo va usted a ver.” –El infame sacó de su bolsa una liga, un rizo de pelo, un retrato, unas cartas en que Carolina le llamaba su tesoro, su único dueño. “–Ya ve usted, pobre hombre –me dijo alejándose–, Carolina me ama, y con todo la voy a dejar esta noche misma, porque colecciones amorosas iguales a las que ha visto usted y que tengo en mi cómoda, reclaman mi atención; son mujeres inocentes y sencillas, y Carolina ha mudado ya ocho amantes.”

Sentí al escuchar estas palabras que el alma abandonaba a mi cuerpo, que mi corazón se estrechaba, que el llanto me oprimía la garganta. Caí en una silla desmayado, y a poco no vi a mi lado más que un amigo que procuraba humedecer mis labios con un poco de vino.

A los tres días supe que Carolina estaba atacada de una violenta fiebre y que los médicos desesperaban de su vida. Entonces no hubo consideraciones que me detuvieran; me introduje en su casa decidido a declararle mi amor, a hacerle saber que si había pasado su existencia juvenil entre frívolos y pasajeros placeres, que si su corazón moría con el desconsuelo y vacío horrible de no haber hallado un hombre que la amase de veras, yo estaba allí para asegurarle que lloraría sobre su tumba, que el

santo amor que le había tenido lo conservaría vivo en mi corazón. ¡Oh!, estas promesas habrían tranquilizado a la pobre niña, que moría en la aurora de su vida, y habría pensado en Dios y muerto con la paz de una santa.

Pero era un delirio hablar de amor a una mujer en los últimos instantes de la vida, cuando los sacerdotes rezaban los salmos en su cabecera; cuando la familia, llorosa, alumbraba con velas de cera benditas, las facciones marchitas y pálidas de Carolina. ¡Oh! , yo estaba loco; agonizaba también, tenía fiebre en el alma. ¡Imbéciles y locos que somos los hombres!

—Y ¿qué sucedió al fin?

—Al fin murió Carolina —me contestó—, y yo constante la seguí a la tumba, como la había seguido a los teatros y a las máscaras. Al cubrir la fría tierra los últimos restos de una criatura poco antes tan hermosa, tan alegre y tan contenta, desaparecieron también mis más risueñas esperanzas, las solas ilusiones de mi vida.

Alfredo salió de mi cuarto, sin despedida.

MANUEL A. ALONSO

(Puerto Rico, 1822 / 1889)

LA LINTERNA MÁGICA

Una de las cosas que distinguen mi carácter, y que en él sirven de contraste a ciertos arranques impetuosos, es la grandísima flema con que muchas veces me detengo, aun en los parajes más públicos, a mirar objetos que son tenidos por la gente de frac y levita como indignos de llamar su atención; así no es extraño hallarme con tamaña boca abierta parado delante de una tienda de estampas contemplando una testa contrahecha de Napoleón, un Gonzalo de Córdoba patituerto o un Luis XIV jorobado, y allí me estoy largo rato para despedirme después con una sonrisa: tampoco es raro el verme detenido en medio de una calle, estorbando, si es menester, a los que pasan, para oír la ensarta de disparates con que un ciego publica el romance nuevo, donde se da razón de la batalla sangrienta de los doce Pares de Francia contra los moros mandados por don Juan de Austria.

Un día, no muy lejano de éste en que escribo, iba yo por una calle muy concurrida, cuando picó mi natural curiosidad un grupo de personas apiñadas alrededor de una especie de cajón pintado de verde y colocado sobre un trípode de cuatro palmos de elevación, y que tenía en el frente que daba a los espectadores un cristal de forma circular. Cada uno de los que se acercaban a mirar por él entregaba un par de cuartos a un hombre extravagantemente vestido, que tocaba el tamboril; mientras, un muchacho de unos doce años, cubierto de harapos y no tan limpio como cualquier cosa sucia, gritaba sin parar, diciendo:

—Vamos, señores: ¿quién por dos cuartos no ve todos los países de la tierra y de la luna? Reparen el ahorro de dinero que esto puede proporcionarles. Aquí, aquí, señores y señoras de ambos sexos, y verán, sin necesidad de estropearse corriendo en un carruaje, de marearse navegando, ni de morirse de hambre y de asco en las posadas, todo lo que pasa desde la isla del gigante Revientapanzas, situada en el cuerno izquierdo de la luna,

hasta los trópicos del polo norte, y desde allí hasta la casa del Preste Juan de las Indias.

Los circunstantes pagaban e iban mirando uno después de otro por el cristal, retirándose después muy satisfechos; el muchacho gritaba más fuerte cuando disminuía el número, y así continuó por un largo rato; íbame yo a marchar, cuando le oí que decía entre varios otros despropósitos:

—Ea, señores, aprovechen el día, que esto no se logra sino una vez al año; saquen esos cuartejos que se les están pudriendo en los bolsillos, y prevengan otros por esta noche, que el maestro dará una gran función de magia en la calle de los Imposibles, número treinta, primera habitación bajando del cielo. Allí verán ustedes cómo se adivina lo que ha de venir, y se dice lo que cada prójimo piensa de los demás, y los demás de él.

Al escuchar esto me acerqué al que el muchacho llamaba maestro, y que en realidad le convenía este dictado en la ciencia de los embrollos y mentiras.

—Oiga, usted —le dije—, ¿sería usted capaz de alcanzar lo que pensarán de cierta obrita en cierto país que yo sé?

—Sí, señor, y por de pronto digo: que esa obrita se titula *El jíbaro* y usted es el autor.

Quédeme pasmado, y él añadió:

—No es extraño la turbación de usted; lo mismo sucede a todos; pero, perdone usted que no puedo entretenerme, y si quiere ver maravillas no deje de ir esta noche a mi casa.

En efecto, llegué a ella de los primeros, y después de aguardar cerca de dos horas, se corrió una cortina, y empezó la función por mi pregunta, que había sido la primera, después de un rato de música de pito y tamboril,

—Muchacho —dijo el charlatán—, métete dentro del diablo.

Así llamaba una cara disforme, mal pintada en un lienzo blanco, detrás del cual se metió el asqueroso muchacho.

—¿Estás ya listo?

—Sí, señor, ya estoy dentro.

—Vamos, pues; dime lo que ves; prosiguió el maestro, a guisa de magnetizador.

—Señor, veo una ciudad en que hay unos cuantos que oyen leer un libro: los unos ríen, los otros bostezan; qué bueno es esto, dicen unos; que malísimo, dicen otros; cada cual cree conocer mejor que los demás dónde está el mérito y dónde las faltas.

—Bueno, muchacho; y, ¿qué más?

–Hay uno que dice que el autor es rubio; otro que moreno, y otro que negro.

–Muchacho, sigue, éstos son unos tontos.

–Señor, hay una vieja que dice que es hereje.

–Chico, chico, deja esa vieja, que después de haber dado, como se dice, la carne al diablo, quiere dar ahora los huesos a Dios.

–Hay dos guapos mozos que en cada personaje ven un retrato de una persona que conocen.

–Pues dale un coscorrón a cada uno de esos guapos mozos, para que aprendan a ver la falta y no el culpable, y para que sean más nobles y no crean tan bajo al autor.

–Señor, señor, veo a dos que están a punto de desafiarse, porque el uno dice que el autor es frío, y el otro que demasiado caliente.

–Déjalos que se rompan las narices, que los dos piden peras al olmo.

Habló después el muchacho de infinidad de tipos, que no dejaron de servirme de diversión: poetas que jamás han escrito un verso, literatos que ¡Dios nos asista!, críticos ignorantes que hallaban un defecto en el perfil de cada letra, y amigos desconsiderados que todo lo aplaudían; finalmente dijo:

–Ahora alcanzo a ver unos señores muy comedidos que discuten sin enfadarse y que hacen con mucha calma sus observaciones.

–Pues sal de dentro del diablo, para que no digas algún despropósito contra esos señores, que deben ser hombres de talento.

Salió efectivamente de detrás de la cortina, y yo de la casa pensando en lo que había oído.

Al día siguiente fui a buscar al charlatán para que me dijera cómo supo todo aquello de ser yo el autor de *El jíbaro*.

–Muy sencillamente –me respondió–: días pasados estuve donde imprimen la obrita, allí le vi a usted y hasta leí una prueba vieja que me dio uno de los cajistas que es amigo mío. En cuanto a la opinión que de ella formarán, eso es cosa olvidada ya y poco más o menos de todas se forma la misma, según el caletre de cada uno de los que la leen.

¡Dichoso yo!, exclamé cuando me vi lejos de aquella buena pieza, dichoso yo que no seré juzgado según me ha predicho este perillán, porque en Puerto Rico ni hay quien me crea de

ninguno de los colores del iris, ni viejas que me tengan por hereje, ni guapos mozos que me consideren capaz de copiar a un individuo determinado para hacer públicos sus defectos, ni majaderos que me crean frío ni caliente; sino personas instruidas y juiciosas que me tienen por templado, cual conviene al escritor de costumbres, y ajeno a toda pasión mezquina, v lo que es más ni siquiera tengo un enemigo, y carezco de envidiosos émulos, porque carezco también del mérito que pudiera acarrearlos. ¡Dichoso yo! que estoy cierto de que al concluir de leer este libro dirán mis paisanos lo que yo dije al comenzarle: Es el fruto de muchas horas robadas al sueño y al descanso de una profesión noble y santa a que se dedica.

VICENTE RIVA PALACIO

(México, 1832/1896)

EL DIVORCIO

Querido lector: Quizá lo que voy a referir lo habrás escuchado o leído alguna vez: pero eso me tiene muy sin cuidado, porque recuerdo una de las máximas famosas del barón de Andilla, que dice:

“Si alguien te cuenta algo, es grosería decirle: por supuesto, lo sabía.”

Y como yo estoy seguro de tu buena educación, y además este cuento puede serte de mucha utilidad, prosigo con mi narración, seguro de que, si la meditas, me la tendrás que agradecer más de una vez en el camino de tu vida.

El león, como es sabido, es el rey de los animales cuadrúpedos: llegó a cansarse de la leona, su casta esposa, y buscando medios para repudiarla, o cuando menos de pedir el divorcio, vino a descubrir que el mal aliento de la regia dama causa era, según la opinión de distinguidos jurisperitos de su reino, más que suficiente para pedir la separación y quedar libre de aquel yugo matrimonial que tanto le pesaba.

Un día, cuando menos lo esperaba la augusta matrona, sin ambages ni circunloquios le dijo el león, que no por ser monarca dejaba de ser animal:

—Mira, hijita, que yo me separo de ti desde hoy, y voy a pedir el divorcio porque tienes el aliento cansado, con un sí es no es, tufillo de ajos podridos.

La leona que con ser animal no dejaba de ser hembra, sintió que el cielo se le venía encima, no tanto por el divorcio, cuanto por aquel defectillo que en los banquetes y bailes de la corte podía, sin duda ponerla en ridículo.

—¿Qué tengo el aliento cansado? —exclamó tartarrugiendo de ira— ¿Qué tengo el aliento cansado? Eso no me lo pruebas tú, ni ninguno de los de tu familia; que las hembras de mi raza hemos

tenido siempre el aliento más agradable y oloroso que carne de cabrito primal.

–No me exaltes –contestó el león– que yo estoy seguro de lo que digo, y te lo puedo probar, no por mi dicho, sino por el de todos nuestros vasallos.

–Que vengan –dijo con exaltación la leona–, me sujeto a la prueba; y a ver si hay bestia que tal calumnia pueda sostener.

Seguro el león de su triunfo en aquel juicio pericial, citó para el segundo día, y con acuerdo de su real esposa, a los principales personajes de la corte; y los dos consortes pasaron la noche en cuevas muy apartadas para evitar una escena matrimonial, peligrosa en aquella ocasión en que la monarquía no estaba de lo más bien asegurada.

Tan madrugador anduvo el pollino y tan temprano se presentó en palacio, que todavía estaban durmiendo los reyes; pero salió el sol, que también era otro rey, y sus majestades anunciaron que estaban ya visibles y que iba a comenzar el juicio.

Por supuesto que la leona había cuidado de lavarse muy bien con verdadero jabón de los Príncipes del Congo, que tanto existía entonces como ahora, y había hecho enjuagatorios con elixir de jugo de patatas frescas.

Presentóse el asno, e instruido por el león de lo que debía de juzgar y sentenciar, introdujo sus narices en las regias fauces que, con democrática humildad, abría la leona: aspiró dos o tres veces, y en seguida, adivinando el pensamiento del monarca, y después de haber hecho ese gesto que les es característico, arrugando la nariz, levantando el belfo superior de un lado, enseñando los dientes y mirando al cielo con un ojo, dijo con acento dogmático:

–Huele mal.

El león inclinó majestuosamente la cabeza, y el borrico salió reculando del palacio por no mostrar a sus majestades la cola u otras cosas. Pero no había caminado veinte pasos, cuando la leona, pretextando cualquier negocio, salió por una puerta excusada, y en un decir Jesús lo hizo cuartos, y volvió después tranquilamente a la sala del trono.

Tocóle su turno al caballo, que entró con un aire de energía y con un desdén espartano, como diputado de oposición, llegase a oler a la reina consorte: aspiró, respiró, repitió la operación, y en seguida, con una energía catoniana, exclamó:

–Aliento puro, y sin dejo de ninguna especie.

No bien acabó de decir esto, cuando ya el león había saltado sobre él, y con garras y dientes lo dejó tan muerto como si nunca hubiera existido.

Naturalmente habían sido aquellas dado el carácter de los personajes que en ellas habían intervenido, cuyos caracteres han estudiado tan acertadamente el famoso padre Valdecebro en su tan curiosa como científica obra que tituló: *Gobierno civil y político de los animales*, y en donde pueden aprenderse muchas cosas que tienen la doble ventaja de ser tan curiosas como falsas.

Llególe su turno al mono, y presentóse entre gracioso y tímido, queriendo hacer al mismo tiempo el cortesano y el calavera; acercó las chatas narices a la boca de la esposa del monarca, y con una sonrisilla de orgullo, al par que de benevolencia, dijo dirigiéndose al león:

—A veces huele mal, y a veces bien.

Pero en mala hora lo dijo, que aún no había acabado la frase cuando medio mono se llevaba en sus garras el rey, y el otro medio la reina.

Y siguió el juicio con todos aquellos antecedentes de la independencia y libertad del poder judicial.

Entró la zorra, hizo tres genuflexiones, escucho atentamente lo que de ella se exigía, aguzó el hocico y metió, no la nariz, sino toda la cabeza, hasta el esófago de la reina; estuvo así dos o tres segundos, y después sacudiendo las orejillas y mirando al monarca unas veces, y otras a la reina, dijo haciendo un gesto de contrariedad y de disgusto:

—Tengo catarro.

JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS

(Brasil, 1839 / 1908)

UN HOMBRE CÉLEBRE

—¿Así que usted es el señor Pestana? —preguntó la señorita Mota, haciendo un amplio ademán de admiración. Y luego, rectificando la espontaneidad del gesto—: Perdóneme la confianza que me tomo, pero... ¿realmente es usted?

Humillado, disgustado, Pestana respondió que sí, que era él. Venía del piano, enjugándose la frente con el pañuelo, y estaba por asomarse a la ventana, cuando la muchacha lo detuvo. No era un baile; se trataba, apenas, de un sarao íntimo, pocos concurrentes, veinte personas a lo sumo, que habían ido a cenar con la viuda de Camargo, en la *Rua do Areal*, en aquel día de su cumpleaños, cinco de noviembre de 1875... ¡Buena y alegre viuda! Amante de la risa y la diversión, a pesar de los sesenta años a los que ingresaba, y aquélla fue la última vez que se divirtió y rió, pues falleció en los primeros días de 1876. ¡Buena y alegre viuda! ¡Con qué entusiasmo y diligencia incitó a que se bailase después de cenar, pidiéndole a Pestana que ejecutara una cuadrilla! Ni siquiera fue necesario que insistiese; Pestana se inclinó gentilmente, y se dirigió al piano. Terminada la cuadrilla, apenas habrían descansado diez minutos, cuando la viuda corrió nuevamente hasta Pestana para solicitarle un obsequio muy especial.

—Usted dirá, señora.

—Quisiera que nos toque ahora esa polca suya titulada "*Não bula comigo, Nhonhô*".

Pestana hizo una mueca pero la disimuló en seguida, luego una breve reverencia, callado, sin gentileza, y volvió al piano sin interés. Oídos los primeros compases, el salón se vio colmado por una alegría nueva, los caballeros corrieron hacia sus damas, y las parejas entraron a contonearse al ritmo de la polca de moda. Había sido publicada veinte días antes, y no había rincón de la ciudad en que no fuese conocida. Ya estaba

alcanzando, incluso, la consagración del silbido y el tarareo nocturno.

La señorita Mota estaba lejos de suponer que aquel Pestana que ella había visto en la mesa durante la cena y después sentado al piano, metido en una levita color rapé, de cabello negro, largo y rizado, ojos vivaces y mentón rapado, era el Pestana compositor; fue una amiga quien se lo dijo, cuando lo vio dejar el piano, una vez terminada la polca. Por eso la pregunta admirativa. Ya vimos que él respondió disgustado y humillado. Pero no por eso las dos muchachas dejaron de prodigarle amabilidades, tales y tantas, que la más modesta vanidad se complacería oyéndolas; él, sin embargo, las recibió cada vez con más enfado, hasta que, alegando un dolor de cabeza, pidió disculpas y se fue. Ni ella, ni la dueña de casa, nadie logró retenerlo. Le ofrecieron remedios caseros, comodidad para que reposara; no aceptó nada, se empeñó en irse y se fue.

Calle adentro, caminó de prisa, con temor de que aún lo llamasen; sólo se tranquilizó después de que dobló la esquina de la *Rua Formosa*. Pero allí mismo lo esperaba su gran polca festiva. De una casa modesta, a la derecha, a pocos metros de distancia, brotaban las notas de la composición del día, sopladas por un clarinete. Bailaban. Pestana se detuvo unos instantes, pensó en desandar camino, pero decidió proseguir, apuró el paso, cruzó la calle, y avanzó por la vereda opuesta a la de la casa del baile.

Las notas se fueron perdiendo, a lo lejos, y nuestro hombre entró en la *Rua do Aterrado*, donde vivía. Ya cerca de su casa, vio venir a dos hombres: uno de ellos, que pasó junto a Pestana rozándolo casi, empezó a silbar la misma polca, marcialmente, con brío; el otro se unió con exactitud a él y así se fueron alejando los dos, ruidosos y alegres, mientras el autor de la pieza, desesperado, corría a encerrarse en su casa.

Una vez en ella, respiró. La casa era vieja, vieja la escalera y viejo el negro que lo servía, y que se aproximó para ver si deseaba comer algo.

—No quiero nada —vociferó Pestana—; prepárame café y vete a dormir.

Se desnudó, vistió un camisón y fue hacia la habitación del fondo. Cuando el negro prendió la lámpara de gas del comedor, Pestana sonrió y, desde el fondo de su alma, saludó unos diez retratos que pendían de la pared. Uno solo era al óleo, el de un cura que lo había educado, que le había enseñado latín y música,

y que según los malhablados, era el propio padre de Pestana. Lo cierto es que le dejó en herencia aquella casa vieja, y los viejos trastos, que eran de la época de Pedro I. El cura había compuesto algunos motetes, le encantaba la música, sacra o profana, y esa pasión se la inculcó al muchacho, o se la transmitió a través de la sangre, si es que tenían razón los charlatanes, cosa por la que no se interesa mi historia, como podrán comprobar.

Los demás retratos eran de compositores clásicos: Cimarosa, Mozart, Beethoven, Gluk, Bach, Schumann; y unos tres más, algunos grabados, otros litografiados, todos enmarcados torpemente y de diferentes tamaños, mal ubicados allí, como santos de una iglesia. El piano era el altar; el evangelio de la noche allí estaba abierto: era una sonata de Beethoven.

Llegó el café; Pestana bebió la primera taza y se sentó al piano. Contempló el retrato de Beethoven, y empezó a ejecutar la sonata, totalmente compenetrado, ausente o absorto, pero con gran perfección. Repitió la pieza; luego se detuvo unos instantes, se levantó y se acercó a una de las ventanas. Volvió al piano; era el turno de Mozart, recordó un fragmento y lo ejecutó del mismo modo, con el alma perdida en la lejanía. Haydn lo llevó a la medianoche y a la segunda taza de café.

Entre la medianoche y la una de la mañana, Pestana prácticamente no hizo otra cosa que dejarse estar acodado en la ventana mirando las estrellas para luego entrar y contemplar los retratos. De a ratos se acercaba al piano y, de pie, hacía sonar una que otra nota suelta en el teclado, como si buscase algún pensamiento; pero el pensamiento no aparecía y él volvía a apoyarse en la ventana. Las estrellas le parecían otras tantas notas musicales fijadas en el cielo a la espera de alguien que las fuese a despegar; ya llegaría el día en que el cielo habría de quedar vacío, pero entonces la tierra sería una constelación de partituras. Ninguna imagen, fantasía o reflexión le traía el menor recuerdo de la señorita Mota que, mientras tanto, en ese mismo momento se dormía, pensando en él, autor de tantas polcas amadas. Tal vez la idea de casarse sustrajo, por unos segundos, a la muchacha del sueño. ¿Por qué no? Ella iba por los veinte, él andaba por los treinta, era una diferencia adecuada. La muchacha dormía al son de la polca, oía en la memoria, mientras el autor de la misma no se interesaba ni por la polca ni por la muchacha, sino por las viejas obras clásicas, interrogando al cielo y a la noche, implorando a los ángeles y en última instancia al dia-

blo. ¿Por qué no podría él componer aunque no fuera más que una sola de aquellas páginas inmortales?

A veces era como si estuviera por surgir de las profundidades del inconsciente una aurora de idea; él corría al piano, para desplegarla enteramente, traduciéndola en sonidos, pero era en vano, la idea se evaporaba. Otras veces, sentado al piano, dejaba correr sus dedos al acaso, queriendo ver si las fantasías brotaban de ellos, como de los de Mozart; pero nada, nada, la inspiración no llegaba, la imaginación se dejaba estar, aletargada. Y si por casualidad alguna idea irrumpía, definida y bella, era apenas el eco de alguna pieza ajena, que la memoria repetía, y que él presumía estar creando. Entonces, irritado, se incorporaba, juraba abandonar el arte, ir a plantar café o meterse a carruajero; pero diez minutos después, ahí estaba otra vez, con los ojos fijos en Mozart, emulándolo al piano.

Dos, tres, cuatro de la mañana. Después de las cuatro se fue a dormir; estaba cansado, desanimado, muerto; tenía que dar clase al día siguiente. Durmió poco; se despertó a las siete. Se vistió y desayunó.

—¿Mi señor quiere el bastón o el paraguas? —preguntó el negro, siguiendo las órdenes que había recibido, porque las distracciones de su amo eran frecuentes.

—El bastón.

—Me parece que hoy llueve...

—Llueve —repitió Pestana maquinalmente.

—Parece que sí, señor, el cielo se ha oscurecido.

Pestana miraba al negro, vagamente, perdido, preocupado. De pronto le dijo:

—Aguarda un momento.

Corrió al salón de los retratos, abrió el piano, se sentó y dejó correr las manos por el teclado. Empezó a tocar algo propio, algo que respondía a una oleada de inspiración real y súbita, una polca, una polca bulliciosa, como dicen los anuncios. Ninguna repulsión por parte del compositor; los dedos iban arrancando las notas, uniéndolas, barajándolas con habilidad; se diría que la musa componía y bailaba al mismo tiempo. Pestana había olvidado a sus alumnos, al negro que lo esperaba con el bastón y el paraguas, e incluso a los retratos que pendían gravemente de la pared.

Todo él estaba abocado a la composición, tecleando o escribiendo, sin los vanos esfuerzos de la víspera, sin exasperación, sin pedir nada al cielo, sin interrogar los ojos de Mozart.

Nada de tedio. Vida, gracia, novedad, brotaban del alma como de una fuente perenne.

Poco tiempo fue preciso para que la polca estuviese hecha. Corrigió, después, algunos detalles, cuando regresó al atardecer: pero ya la tarareaba caminando por la calle. Le gustó la polca; en la composición reciente e inédita circulaba la sangre de la paternidad y de la vocación. Dos días después fue a llevársela al editor de las otras polcas suyas, que sumarían ya unas treinta. Al editor le pareció encantadora.

—Va a ser un gran éxito.

Se planteó entonces la cuestión del título. Pestana, cuando compuso su primera polca, en 1871, quiso darle un título poético, eligió éste: “Gotas de Sol”. El editor meneó la cabeza y le dijo que los títulos debían contribuir a facilitar la popularidad de la obra, ya sea mediante alguna alusión a una fecha festiva o a través de palabras pegadizas o graciosas, y le dio dos ejemplos: “La ley del 28 de septiembre”, o “Candongas no hacen fiestas”.

—Pero ¿qué quiere decir “Candongas no hacen fiestas”?
—preguntó el autor.

—No quiere decir nada, pero se populariza en seguida.

Pestana, principiante inédito todavía, rechazó las dos sugerencias y se guardó la polca; pero no pasó mucho tiempo sin que compusiese otra, y la comezón de la popularidad lo indujo a editar las dos con los títulos que al editor le pareciesen más atrayentes o apropiados. Ese fue el criterio que adoptó de allí en adelante.

Esta vez, cuando Pestana le entregó la nueva polca, y pasaron a la cuestión del título, el editor dijo que tenía uno entre manos, desde hacía varios días, para la primera obra que le presentase, título pomposo, largo y sinuoso. Era éste: “Respetable señora, guarde su canasto”.

—Y para la próxima polca, tengo uno especialmente reservado —agregó.

Pestana, todavía principiante inédito, rechazó cualquiera de las sugerencias que se le formularon; el compositor puede bastarse para encontrar un título razonable. La obra, enteramente representativa en su género, original y cautivante, invitaba a bailarla y era fácil de memorizar. Ocho días bastaron para convertirlo en una celebridad. Pestana, durante los primeros, anduvo de veras enamorado de la composición, le encantaba tararearla bajito, se detenía en la calle para oír cómo la ejecutaban en algu-

na casa, y se enojaba cuando no la tocaban bien. De inmediato, las orquestas de teatro la ejecutaron y allá fue él a uno de ellos. Tampoco le disgustó oír la silbada, una noche, en boca de una sombra que bajaba la *Rua do Aterrado*.

Esa luna de miel duró apenas un cuarto menguante. Como ocurrió anteriormente, y más rápido aún, los viejos maestros retratados lo hicieron sangrar de remordimiento. Humillado y hartado, Pestana arremetió contra aquella que viniera a consolarlo tantas veces, musa de ojos pícaros y gestos sensuales, fácil y graciosa. Y fue entonces cuando volvió el asco de sí mismo, el odio a quienes le pedían la nueva polca de moda, y al mismo tiempo el empeño en componer algo que tuviera sabor clásico, al menos una página, una sola, pero que pudiese ser encuadrada entre las de Bach y Schumann. Vano estudio, inútil esfuerzo. Se zambullía en aquel Jordán sin salir bautizado. Noches y noches las pasó así, constante y empecinado, seguro de que la voluntad era todo, y que, una vez que lograra desembarazarse de la música fácil...

—Que se vayan al infierno las polcas y que hagan bailar al diablo —dijo él un día, de madrugada, al acostarse.

Pero las polcas no quisieron llegar tan hondo. Entraban a casa de Pestana, al salón de los retratos, irrumpían tan acabadas, que él no tenía más tiempo que el necesario para componerlas, imprimirlas después, disfrutarlas algunos días, odiarlas, y volver a las viejas fuentes, de donde nada le brotaba. En ese vaivén vivió hasta casarse, y después de casarse.

—¿Con quién se casará? —preguntó la señorita Mota al tío escribano que le dio aquella noticia.

—Se casará con una viuda.

—¿Vieja?

—Veintisiete años.

—¿Linda?

—No, pero tampoco fea. Oí decir que él se enamoró de ella porque la escuchó cantar en la última fiesta de San Francisco de Paula. Pero además me dijeron que ella posee otro atributo, que no es infrecuente, y que no vale menos: es tísica.

Los escribanos no debían tener sentido del humor; buen sentido del humor, quiero decir. Su sobrina sintió por fin que una gota de bálsamo le aplacaba la pizca de envidia. Todo era cierto. Pestana se casó pocos días después con una viuda de veintisiete años, buena cantante y tísica. La recibió como esposa espiritual de

su genio. El celibato era, sin duda, la causa de la esterilidad y la desviación que padecía, se decía él mismo; artísticamente hablando se veía como un improvisador de horas muertas; consideraba a las polcas aventuras de petimetres. Ahora sí iba a engendrar una familia de obras serias, profundas, inspiradas y trabajadas.

Esa esperanza preñó su alma desde las primeras horas de enamoramiento, y ganó cuerpo con la primera aurora del casamiento. María, balbuceó su alma, dame lo que no encontré en la soledad de las noches ni en el tumulto de los días.

De inmediato, para conmemorar la unión, se le ocurrió componer un nocturno. Lo llamaría "Ave María". Diríase que la felicidad le trajo un principio de inspiración; no queriendo comunicarle nada a su mujer antes de que estuviera listo, trabajaba a escondidas; cosa difícil, porque María, que amaba igualmente el arte, venía a tocar con él, o solamente a oírlo, horas y horas, en el salón de los retratos. Llegaron a realizar algunos conciertos semanales, con tres artistas amigos de Pestana. Un domingo, empero, no pudo contenerse el marido, y llamó a la mujer para hacerle oír un fragmento del nocturno; no le dijo qué era ni de quién era. De pronto, interrumpiendo la ejecución, la interrogó con los ojos.

—Termínalo —dijo María—; ¿no es Chopin?

Pestana empalideció, su mirada se perdió en el aire, repitió uno o dos pasajes y se incorporó. María se sentó al piano y, tras algunos esfuerzos de memoria, ejecutó la pieza de Chopin. La idea, los temas, eran los mismos; Pestana los había encontrado en alguno de esos callejones oscuros de la memoria, vieja ciudad de tradiciones. Triste, desesperado, salió de su casa y se dirigió hacia el lado del puente, camino a San Cristóbal.

"¿Para qué luchar?", se decía. "Sólo se me ocurren polcas... ¡Viva la polca!"

La gente que pasaba a su lado, y lo oía refunfunar, se detenía a mirarlo como se mira a un loco. Y él iba yendo, alucinado, mortificado, marioneta eterna oscilando entre la ambición y las dotes reales... Dejó atrás el viejo matadero; cuando llegó al portón de entrada de la estación de ferrocarril, se le ocurrió largarse a caminar por las vías y esperar el primer tren que apareciese y lo aplastase. El guarda lo hizo retroceder. Volvió en sí y retornó a su casa.

Pocos días después —una clara y fresca mañana de mayo de 1876—, a eso de las seis, Pestana sintió en los dedos un cos-

quilleo especial y conocido. Se incorporó despacito, para no despertar a María, que había tocido toda la noche y ahora dormía profundamente. Fue al salón de los retratos, abrió el piano y, lo más sordamente que pudo, extrajo una polca. La hizo publicar con un seudónimo; en los dos meses siguientes compuso y publicó dos más. María no supo nada; iba tosiendo y muriendo, hasta que expiró, una noche, en los brazos del marido, horrorizado y desesperado.

Era la noche de Navidad. El dolor de Pestana se vio acrecentado, porque en el vecindario había un baile, en el que tocaron varias de sus mejores polcas. Ya era duro tener que soportar el baile; pero sus composiciones le agregaban a todo un aire de ironía y de perversidad. Él sentía la cadencia de los pasos, adivinaba los movimientos, por momentos sensuales, a que obligaba alguna de aquellas composiciones, todo eso junto al cadáver pálido, un manojito de huesos, extendido en la cama... Todas las horas de la noche pasaron así, lentas o rápidas, húmedas de lágrimas y de sudor, de agua de colonia y de Labarraque, fluyendo sin parar, como al son de la polca de un gran Pestana invisible.

Enterrada la mujer, el viudo tuvo una única preocupación: dejar la música después de componer un "Réquiem", que haría ejecutar en el primer aniversario de la muerte de María. Optaría por otro trabajo, se emplearía como secretario, cartero, vendedor de baratijas, cualquier cosa con tal que le hiciera olvidar el arte asesino y sordo.

Comenzó la obra; empeñó todo: arrojo, paciencia, meditación y hasta los caprichos de la casualidad, como había hecho otrora, imitando a Mozart. Releyó y estudió el "Réquiem" de este autor. Transcurrieron semanas y meses. La obra, célebre al principio, fue aflojando su paso. Pestana tenía altos y bajos. De pronto la encontraba incompleta, no alcanzaba a palparle la médula sacra, ni idea, ni inspiración, ni método; de pronto se enardecía su corazón y trabajaba con vigor. Ocho meses, nueve, diez, once, y el "Réquiem" no estaba concluido. Redobló los esfuerzos; olvidó clases y amigos. Había rehecho muchas veces la obra; pero ahora quería concluirla, fuese como fuese. Quince días, ocho, cinco... La aurora del aniversario vino a encontrarlo trabajando.

Se contentó con la misa rezada y simple, para él solo. No se puede especificar si todas las lágrimas que inundaron solapadamente sus ojos fueron las del marido, o si algunas eran del compositor. Lo cierto es que nunca más volvió al "Réquiem".

"¿Para qué?", se decía a sí mismo.

Transcurrió un año. A principio de 1878 el editor apareció en su casa.

–Ya va para dos años que no nos da ni siquiera una muestra de sus condiciones. Todo el mundo se pregunta si usted perdió el talento. ¿Qué ha hecho todo este tiempo?

–Nada.

–Comprendo perfectamente qué terrible ha sido el golpe que lo hirió; pero de eso hace ya dos años. Vengo a proponerle un contrato: veinte polcas durante doce meses; el precio sería el mismo que hasta ahora, pero le daría un porcentaje mayor sobre la venta. Al cabo del año podemos renovar.

Pestana asintió con un gesto. Sus alumnos particulares eran escasos, había vendido la casa para saldar las deudas, y las necesidades se iban comiendo el resto, que por lo demás era escaso. Aceptó el contrato.

–Pero la primera polca la quiero en seguida –explicó el editor–. Es urgente. ¿Leyó usted la carta del Emperador a Caxias? Los liberales fueron llamados al poder; van a realizar la reforma electoral. La polca habrá de llamarse: “¡Hurras a la elección directa!” No es propaganda política, sino un buen título de ocasión.

Pestana compuso la primera obra del contrato. Pese al largo tiempo de silencio no había perdido la originalidad ni la inspiración. Traía la nueva obra la misma impronta genial de sus predecesoras. Las siguientes polcas fueron viniendo, regularmente. Había conservado los retratos y los repertorios; pero trataba de eludir las noches sentado al piano, para no caer en nuevas y frustrantes tentativas. Ahora, siempre que había alguna buena ópera o algún concierto de calidad, pedía una entrada gratis y se acomodaba en un rincón, gozando esa serie de maravillas que nunca habrían de brotar de su cerebro. Una que otra vez, al regresar a su casa, lleno de música, despertaba en él el maestro inédito; entonces se sentaba al piano y, sin ningún propósito preciso, arrancaba algunas notas, hasta que se iba a dormir, veinte o treinta minutos después.

Así pasaron los años, hasta 1885. La fama de Pestana le había dado definitivamente el primer lugar entre los compositores de polcas; pero el primer lugar de la aldea no contentaba a este César, que seguía prefiriendo, no el segundo, sino el centésimo en Roma. Seguía, como en otros tiempos, a merced de los vaivenes con respecto a sus composiciones; la diferencia estribaba

en que ahora eran menos violentas. Ni entusiasmo en las primeras horas ni repugnancia después de la primera semana; algún placer, en cambio, y cierto hastío.

Aquel año cayó en cama a raíz de una fiebre sin importancia, que en pocos días creció, hasta hacerse pernicioso. Ya estaba en peligro cuando apareció el editor, que nada sabía de la enfermedad, para darle la noticia del ascenso al poder de los conservadores, y pedirle una polca para la ocasión. El enfermero, un mísero apuntador de teatro, le informó del estado en que se encontraba Pestana, de modo que al editor le pareció más atinado callarse. El enfermo, sin embargo, lo instó para que le informara sobre lo que ocurría; el editor obedeció.

—Pero ha de ser cuando usted esté completamente repuesto —concluyó.

—Apenas me baje un poco la fiebre —dijo Pestana.

Hubo una pausa de algunos segundos. El apuntador fue en puntas de pie a preparar la medicación; el editor se levantó y se despidió.

—Adiós.

—Oiga, como es probable que yo muera uno de estos días, voy a hacerle dos polcas; la otra servirá para cuando suban los liberales.

Fue la única broma que dijo en toda su vida, y fue a tiempo, porque expiró a la mañana siguiente, a las cuatro y cinco, en paz con los hombres y mal consigo mismo.

HORACIO QUIROGA

(Uruguay, 1878 / 1937)

LA TORTUGA GIGANTE

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. El no quería ir porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramadal con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y los llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador que tenía una gran

puntería le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora —se dijo el hombre— voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una sogá hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse. El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir —dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed. Y al poco rato la fiebre subió más aun, y perdió el conocimiento.

Pero la tortuga lo había oído y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas. El cazador comió así

días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento, Miró a todos lados, y vio que estaba solo pues allí no había más que él y la tortuga; que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

–Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

–Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía y deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua!, ¡agua! a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

–Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba todo el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad –posiblemente el ratoncito Pérez– encontró a los dos viajeros moribundos.

–¡Qué tortuga! –dijo el ratón–. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

–No –le respondió con tristeza la tortuga–. Es un hombre.

–¿Y dónde vas con ese hombre? –añadió el curioso ratón.

–Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires –respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía–. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré...

–¡Ah, zonza, zonza! –dijo riendo el ratoncito–. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó en seguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

(Colombia, 1888 / 1928)

LA MENDIGA DEL AMOR

(A *Pacífico Coral*)

Ni una sola vez doblé la esquina de mi callejuela, sin hallarla sentada al pie del paredón sucio con los ojos húmedos y las manos vacías.

Era una mendiga joven y contrahecha. El cabello desgreñado caía sobre una frente angosta cuya piel desteñida no guardaba ni la más leve huella de una serenidad; sus labios jamás tuvieron un color de vida que contrastara con la marchitez de las mejillas por donde habían resbalado las lágrimas de todos los desdenes llegados y de todas las hambres estacionarias; sólo sus grandes ojos agradaban por una expresión vivísima en que se mostraba una alma aguijoneada por la necesidad.

Cuando la pobre muchacha caminaba, me hacía sentir la repugnancia que nos provocan, no los desgraciados, sino sus desgracias. Aquellos hombros tan cercanos a la cintura, ese brazo izquierdo que la parálisis había soldado al cuadril, y sobre todo, el taconeo de la muleta a cuyo compás se estremecían los harapos, me producían un calofrío que crispando mis nervios, acaloraba mi cerebro y hacía que mis miradas descansaran en otra parte.

Afortunadamente aquella mujer vivía sentada.

Cuando la noche empezaba a caer, la mendiga empezaba el trabajo de levantarse. Agarraba con los dedos de la mano viva un hueco del paredón y trajinaba afanosamente hasta ponerse de rodillas, y una vez de pie, tomaba el camino del arrabal, tropezando a cada paso, porque aquellos nervios que destemplaba el hambre flaqueaban al descender la calleja oscura en cuyo término se hallaba la ruina del corredor que amparaba su sueño.

Por la mañana volvía al lugar preferido. Raro era en verdad, que en vez de buscar los sitios concurridos en donde el número de transeúntes aumentaba la probabilidad de las limosnas, aquella infeliz prefiriera quedarse pegada en un sitio aislado, recibien-

do de frente los rayos solares que caldeaban el empedrado donde descansaban sus miembros.

Algunas personas más afortunadas que yo la echaban de menos en algunos momentos del día. Ella iba, recorría las calles repitiendo una súplica en que mezclaba el nombre de Dios, y quizá disgustada por el poco éxito de sus excursiones, volvía sola, anhelante, moviendo con desesperación la muleta como si supiera que a una hora próxima a sonar había de efectuarse el milagro de su curación. Al llegar a la esquina se transformaba; pausaba las pisadas, dirigía los ojos a una ventana y sonriendo volvía a sentarse con una resignación estúpida.

—Yo no le doy limosna, me decía una vez mi vecina, porque ella voluntariamente ha renunciado el amparo del Hospital.

—¡De veras!

—Sí, y tiene además la torpeza de emplear las limosnas en bagatelas; ha comprado un collar de cuentas de vidrio, unos zarcillos azules y una caja de colorete.

—¿Para cautivar a quién?

La vecina se sonrió.

¿Por qué sonreía la vecina?

Una tarde hacía yo mis reflexiones.

Después pensé en la felicidad del amor, en mis felicidades lejanas y en mis felicidades desconocidas. Me asomé a la ventana, miré el espacio y me distrajo su nada.

Poco a poco el éter se fue opacando, el cielo senda fruiciones de maternidad con la aparición de cada estrella, y entre el clamor del ángelus la tristeza llegaba.

Entonces salí con deseo de entristecerme. Intencionalmente desperté recuerdos y mi espíritu se fue a otros lugares. Así anduve mucho tiempo y así mucho tiempo estuve en la desembocadura de una calle.

Cuando fui a caminar tropecé con la mendiga. Me imploró con los ojos y arrastrándose acortó la distancia que la separaba de mí. Los zarcillos azules tintineaban bajo la tupida mata del pelo, y el collar de cuentas de vidrio se alargaba tristemente hasta besar los harapos bajo cuyo abrigo se helaba el seno.

Viendo que me esforzaba por no verla, haciendo un esfuerzo supremo aquella mujer se desencogió y me agarró con suavidad de una mano. Al punto descargué sobre ella mis miradas, y noté que un ligero carmín corría bajo la palidez de su rostro; entonces tuve

lástima de ella, y sin decir una palabra le alargué una moneda.

– ¡No! ... ¡no quiero eso! exclamó furiosa, y con un milagroso sacudimiento se puso de pie, y mascullando una blasfemia tomó calle abajo estremeciendo el silencio con sus sollozos.

Cuando pensé decirle algo, sólo escuché el lúgubre sonido de la muleta que se prolongaba bajo la noche como diciendo: ¡no! ... ¡no! ... ¡no!

ABRAHAM VALDELÓMAR

(Perú, 1888 / 1919)

EL BUQUE NEGRO

I

Nuestra casa en Pisco, era un rincón delicioso: a una cuadra del mar, con una valla de toñuces por oriente, en una plazuela destartalada y salitrosa, desde la puerta se veía pasar el convoy que iba a Ica. Iba adelante de la enorme locomotora pujante, arrojando bocanadas de humo espeso y negruzco, le seguían los carros "de primera clase", luego los de segunda y por fin las bodegas, en las que iba el pescado cogido la víspera en la ribera. Teníamos dentro un jardín que protegía una higuera sembrada por mi hermano Roberto. Medraban a su sombra violetas raquílicas, buenas tardes olorosas, malvas y resedas. Junto al tronco gris de la higuera el pozo abrió su boca negra y peligrosa y en los bordes crecían trigos y maíces abandonados a su propia cuenta. Un pallar, de enormes hojas verdes y blanquecinas se enredaba con delicadeza en el enrejado que limitaba el jardinillo. Sobre la quincha que marcaba el fin de nuestro jardín y colindaba con el vecino, se habla recostado con gran desenfado un ñorbo en cuyos oscuros enramajes hacían nido los gorriones. Al fondo había pozas donde cada uno de nosotros, por consejo y bajo la dirección de mi padre, sembrábamos y teníamos la responsabilidad de la cosecha. A Roberto, el mayor, que hoy es casado, le placía sembrar algodón para llevarlo a Ica y con sus blancas madejas limpiar el rostro sudoroso del Señor de Luren; a Rosa, la siguiente, gustábase simplemente coger las flores de todas las pozas; Anfiloquio placía de sembrar maíz que una vez cosechado, él mismo comíase; y a mí y a Jesús, mi hermana menor, nos encantaban las violetas y una higuera apenas crecida. Así mis padres nos enseñaron a sembrar la tierra, a pulir nuestras manos con el roce noble de los surcos; a conocer los misterios de la naturaleza y la bondad sublime de Dios Nuestro Señor y amar todo lo que es sencillo bueno, útil y bello.

Por la noche, en Pisco, después de la comida y de rezar, el rosario hacíamos un círculo en la puerta de la calle. Allí sentados, mi padre relataba todas sus ocupaciones durante el día, contábamole nosotros sobre el jardín, pedíamos datos sobre agricultura y generalmente resultábamos riendo por las excelencias de nuestra producción agraria sobre la de los hermanos. Caía la noche, se bajaba el farol a cuya luz hablábamos y todos íbamos a besar a nuestros padres y a retirarnos a dormir, llena el alma de cristalina felicidad, con la inquietud de que las gallinas se escapasen del corral, entrasen al jardín, picotearan los retoños y hubiera duelo en casa al día siguiente.

Una de esas noches, mi padre se demoró en la calle más que lo de costumbre y al llegar le vimos triste.

Mi madre le preguntó:

—¿Has visto a Isabel? ¿La has visto? ¿Vendrá mañana?...

—Está peor, está perdida, —dijo mi padre. Sentada junto a la ventana, y empeñada en su eterna manía: el buque negro.

—¿Pero había efectivamente un buque negro aquel día?

—Efectivamente. Fue extraña coincidencia. Después del matrimonio, Isabel, alegre, riendo a todos, con su linda cabeza coronada de azahares y su vestido blanco, almorzó alegremente con todos. Después que hubo concluido, cuando quisimos despedirnos, echamos de menos a Chale. Se llamó al novio inútilmente. ¿Dónde estaba? Isabel lo buscaba, llamábasele a gritos, pero Chale no respondía. Se le buscó luego por todas partes, en la calle, en la ciudad, en el muelle. Chale había desaparecido. La bahía estaba agitada, había paracas, el aire del sur levantaba encrespadas olas, un cielo amarillo entristecía el ambiente, y los barcos parecían arrojados sobre el mar, inclinados hacia el norte, como si una mano extraña los hubiera arrojado con ira. En el muelle se preguntó a un pescador.

—¿Cómo? ¿Se ha perdido el señor Chale? —dijo—. Pero si ha pasado hace un instante. Yo lo he visto ir de prisa con dos hombres hacia el embarcadero y juraría que ésos no son de aquí... Bajaron.

—No se sabía ni nada más se supo de Chale. Isabel vio también el buque negro y la pobrecita cree que en él se llevaron a su marido.

—¡Malvado!...

—No lo era. Chale había vivido doce años irreprochablemente. Chale era bueno, cariñoso, abnegado. Tenía días en que no salía de su casa.

–Ese hombre era muy triste...

–Desde entonces –continuó mi padre–, la pobre Isabel se dio a la pena. Lleva diez y ocho años de esa vida atormentada, y ahora se va poniendo peor. Ya no quiere salir, ni moverse de la ventana, y a veces ni comer.

–¿Pero vendrá? ¿Vendrá mañana? –preguntó mi madre.

–Sí, me ha prometido que vendrá al paseo.

Mis padres habían organizado un paseo con mis hermanos para que Isabel se distrajera un poco.

–¿Y a dónde vamos?

–Iremos a Santa Rita.

–Es muy lejos. Mejor al pepinal. Allí puede ser que Isabel se distraiga.

Se despidieron los amigos. Mi hermano mayor corrió la soga. Bajó pausadamente el farol. Cerraron la puerta. Dimos un beso a nuestros padres. Rezamos y a poco el silencio envolvió nuestra casa y nos dormimos al blando arrullo lejano del mar cuya brisa acariciaba los árboles del jardín.

II

La triste alegría del mar.

Amaneció un día claro de octubre; las embarcaciones se distinguían tan preciso en el puerto, que parecían vistas a través de un antejo. Podían contarse los mástiles y las múltiples cuerdas y hasta letras de los barcos se distinguían vagamente. El mar estaba agitado, casi alegre, parecía reírse. Las olas, bajo un aire fresco y transparente, deshacíanse en gotas brillantes. El sol era espléndido, pero tibio.

Para mí, fue aquella, una mañana blanca. Nada pasó por mi espíritu. No tuve una alegría ni un temor ni una tristeza. Después del almuerzo mientras nos preparábamos para el paseo, mi padre fue a traer a Isabel. Mis hermanas pusieron sus alegres trajes dibujados con flores, y sus "pastoras" de paja, que se sujetaban graciosamente sobre el pecho con anchas cintas de seda.

La sirvienta, en una canasta llevaba las provisiones, pan de manteca, carne fría y algunas cajas de conservas. Llegó Isabel, acompañada de mi padre. La infeliz causaba espanto. ¡Qué palidez había en su cara que envejecía, qué ojos profundos, qué manos afiladas! Vestía una liviana ropa negra. Saludó a todos y a poco salimos.

¡Qué tarde era aquella, Señor! ¿Qué claridad siniestra había en el puerto? ¿Qué trágico silencio envolvió las cosas? ¿Dónde estaban las gentes del pueblo? Atravesamos la plazuela destartada y salitrosa donde estaba mi casa, tomamos los rieles del tren, caminamos un poco junto a los toñuces, y después pasamos por "la factoría", una casa hecha de carcomidas calaminas, donde se componían los carros, mohosos y rotos, había muelles viejos, ruedas inmóviles, calderos agujereados, piezas de mecánica, abandonados sobre la grama que trepaba, raquítica, sobre ellos.

Pasamos después por "la palma" donde decían que de noche salía un hombre y luego por un camino de sauces. Llegamos al "pueblo". Atravesamos unas cuantas calles apartadas. Cruzamos por la plaza de armas, empedrada y sombreada por enormes ficus, en un ángulo estaba la Iglesia de la Compañía, con un mitológico animal sobre la puerta y con sus torrecillas chatas. Entramos después por un angosto camino pedregoso que sombreaban enormes y tranquilos sauces llorones, bajo los cuales corría una acequia, pero tan débilmente que parecía estancada. Debía ser la suya una agua muy fría, transparente, poblada de berros y verdolagas.

Caminamos así mucho tiempo. Pero todos iban en silencio. De vez en cuando las palabras sonaban huecamente, abovedadas y morían. Iba en medio Isabel. La rodeábamos todos. Era una procesión de almas en pena. ¿Por qué no se reía nadie, Señor, no había alegría aquella tarde?

Alguien dijo que aquel no era el camino. Hubo necesidad de volver un poco y cruzar. Estábamos bastante alejados de la población. Era necesario pasar por la "iglesia vieja". Y hacia ella encaminamos los pasos. Empezó a soplar un viento seco. Por fin vimos a lo lejos, tras de las tapias recortarse el redondo lomo de un templo abandonado, seguimos.

III

Pasamos un puentecillo, saltando después adobes enormes y llegamos a los muros de la iglesia. Entonces la criada, una vieja negra, empezó a decir:

—Dicen que en esta iglesia penan. Que por las mañanas, al rayar el alba, se ve, por las rendijas, salir un padre con su casulla y decir una misa, con un sacristán; y que los dos solos, recorren

después la iglesia echando agua bendita, y se meten luego a la sacristía...

—Calla, mujer —dijo mi padre—. No digas tonterías...

—Sí, señor. Y por las tardes, a eso de las seis, se oye cantar muy bajito un coro, y suena tres veces una campana...

Nos íbamos acercando a la iglesia. Toda estaba tapiada. En la puerta mayor cubierta con adobes quedaban aún algunos trozos de madera. Pequeños huecos por todas partes. Por las torres en escombros salían mechones de grama; acerquéme yo y observé por una rendija. Dentro no había nada. Los nichos de los altares sin santos, la nave terrosa, abandonada; algunos trozos de madera caídos y cubiertos de polvo, el altar mayor vacío, lleno de huecos y por las rendijas filtrábase la luz. Cruzó un murciélago de un rincón a otro, y al retirarme y seguir con los demás, algunos búhos que desde el techo nos miraban, volaron gritando.

—Ya vamos a llegar —dijo mi padre—. Allí está el pepinal...

En efecto, al frente se destacaba una choza; cercos verdes; una chacrita alegre. Los pepinos, con sus moradas hojas cubrían la extensión. Era necesario pasar un pequeño montículo, y lo ascendimos. Cansáronse todos un poco en la ascensión, y una vez arriba nos detuvimos para hacer un pequeño descanso. Allí al lado estaba la casa del chacarero bajo unos sauces, al pie corría una linda acequia bordeada de ajíes rojos y de margaritas olorosas. Ladró un perro, lo riñó un viejo labrador y dijo:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!...

—Buenas tardes —contestó mi madre.

Íbamos a descender. Isabel se detuvo de pronto, mirando fijamente el mar que se extendía muy lejos...

—Pero mujer, alégrate un poco...

Isabel miraba con los enormes ojos abiertos, más pálida aún, sin escuchar nada. Dio un grito extraño; temblaba, sobre el montículo. Se acercaron a ella:

—¡Isabel!

La mujer apretando fuertemente la mano de mi padre y señalando el mar gritó con un grito frío:

—¡El buque negro! ¡Vean, vean!...

Miramos todos. A lo lejos, en la bahía lejana se destacaba entre botecillos y balandras, la silueta de un barco, de tres palos...

—¡El buque negro! —gritó desesperada Isabel, bajando como loca.

Tomáronla en los brazos, y tomamos todos mientras mis padres y mis hermanos la conducían casi cargada camino de "La Playa".

–Va a haber "paracas" –dijo mi padre.

El viento empezó a azotar los árboles. Densos remolinos levantaban las hojas, a lo lejos. Oscurecióse un poco el cielo. Oímos ladrar lejanamente a los perros y seguimos de prisa, sin prorrumpir palabra. Todos estábamos pálidos.

IV

Caminamos mudos, sobre un sendero, nuestras pisadas producían un extraño sonido sobre las hojas secas que huían arrebatadas a nuestros pies, por el viento. Llegamos al puerto. Isabel, fija la vista en el mar, cogida del brazo de mi padre temblaba, castañeábanle los dientes y a cada instante repetía como poseída:

–¡Más de prisa, más de prisa, allí está el buque negro; más de prisa por Dios!...

Por fin, al llegar al puerto vimos algunas gentes que huían raudas de las "paracas", que desplegaba los vestidos y arrebataba los sombreros. Algunos niños corrían cogidos de las manos de sus padres.

La paraca arreciaba. Cuando desembocamos en la plazoleta para llegar a la casa, el viento era tan fuerte que parecía detenernos.

La plazuela pedregosa estaba abandonada. Habíamos dejado de ver el mar, y al llegar a la bocacalle de la cual volvía a verse, Isabel se puso de frente y dio un grito espantoso.

–¡Se va, se va! ¡El buque negro se va...!

¡Se iba! Lo vimos todos claramente. Una columna de humo se deshilachaba en el fondo ocre del cielo. Eran las seis. La paraca había calmado. Las piedras estaban todas amarillas y todo cubierto por el guano que la paraca traía de las islas lejanas.

Todo estaba amarillo, amarillo.

¡Las casas, el cielo, el mar, la tierra! ¡Qué desolación infinita!

El buque negro se fue. Borróse en el confín lejano. Cayó el sol rojo muy grande, sobre el mar. Desfallecida, casi insensible, hablando entrecortadamente, acostaron a Isabel, en casa.

Y sobre aquel día extraño, cayó la noche negra y piadosa, mientras sobre el mar parpadeaban amarillentas luces, como

fuegos fatuos, y en la orilla, las piedras, al golpe de las olas, producían un tosco ruido de huesos...

17 de agosto de 1913.

CÉSAR VALLEJO

(Perú, 1892/1938)

EL VENCEDOR

Un incidente de manos en el recreo llevó a dos niños a romperse los dientes a la salida de la escuela. A la puerta del plantel se hizo un tumulto. Gran número de muchachos, con los libros al brazo, discutían acaloradamente, haciendo un redondel en cuyo centro estaban, en extremos opuestos, los contrincantes: dos niños poco más o menos de la misma edad, uno de ellos descalzo y pobremente vestido. Ambos sonreían, y de la rueda surgían rutilantes diptongos, coreándolos y enfrentándolos en fragorosa rivalidad. Ellos se miraban echándose los convexos pechos, con aire de recíproco desprecio. Alguien lanzó un alerta:

—¡El profesor! ¡El profesor!

La bandada se dispersó.

—Mentira. Mentira. No viene nadie. Mentira...

La pasión infantil abría y cerraba calles en el tumulto. Se formaron partidos por uno y otro de los contrincantes. Estallaban grandes clamores. Hubo puntapiés, llantos, risotadas.

—¡Al cerrillo! ¡Al cerrillo! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurra!...

Un estruendoso y confuso vocerío se produjo y la muchedumbre se puso en marcha. A la cabeza iban los dos rivales.

A lo largo de las calles y rúas, los muchachos hacían una algazara ensordecedora. Una anciana salió a la puerta de su casa y gruñó muy en cólera:

—¡Juan! ¡Juan! ¡A dónde vas, mocito! Vas a ver...

Las carcajadas redoblaron.

Leonidas y yo íbamos muy atrás. Leonidas estaba demudado y le castañeteaban los dientes.

—¿Vamos quedándonos? —le dije.

—Bueno —me respondió—. ¿Pero si le pegan a Juncos?...

Llegados a una pequeña explanada, al pie de un cerro de la campiña, se detuvo el tropel. Alguien estaba llorando. Los otros reían estentóreamente. Se vivaba a contrapunteo:

—¡Viva Cancio! ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hip!... ¡Hurraaaaa!...

Se hizo un orden frágil. La gritería y la confusión renacieron. Pero se oyó una voz amenazadora:

–¡Al primero que hable, le rompo las narices!

–Voy a Juncos.

–Voy a Cancio.

Se hacían apuestas como en las carreras de caballos o en las peleas de gallos.

Juncos era el niño descalzo. Esperaba en guardia, encendido y jadeante. Más bien escueto y cetrino y de sabroso genio pendenciero. Sus pies desnudos mostraban los talones rajados. El pantalón de bayeta blanca, andrajoso y desgarrado a la altura de la rodilla izquierda, le descendía hasta los tobillos. Tocaba su cabeza alborotada un grueso e informe sombrero de lana. Reía como si le hiciesen cosquillas. Las apuestas en su favor crecían. Por Cancio, en cambio, las apuestas eran menores. Era este un niño decente, hijo de buena familia. Se mordía el labio superior con altivez y cólera de adulto. Tenía zapatos nuevos.

–¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!

El tropel se sumió en un silencio trágico. Leonidas tragó saliva. Cancio no se movía de su guardia, reduciéndose a parar las acometidas de Juncos. Un puñetazo en el costado derecho, esgrimido con todo el brazo contrario, le hizo tambalear. Le alentaron. Recuperó su puesto y una sombra cruzó por su semblante. Juncos, finteando, sonreía.

Cancio empezó a despertar mi simpatía. Era inteligente y noble. Nunca buscó camorra a nadie, Cancio me era simpático y ahora se avivaba esa simpatía. Leonidas también estaba ahora de su parte. Leonidas estaba colorado y se movía nerviosamente, ajustando sus movimientos a los trances de la lucha. Cuando Cancio iba a caer por tierra, a una puñada del héroe contrario, Leonidas, sin poder contenerse, alargó la mano canija y dio un buen pellizcón a Juncos. Yo le dije:

–Déjalo. No te metas.

–¡Y por qué le pega a Cancio! –me respondió, poniéndose aun más colorado. Bajó luego los ojos como avergonzado.

La lucha se encendió en forma huracanada. A un puntapié trazado por Juncos, a la sombra de un zurdazo simulado, respondieron los dos puños de Cancio, majando rectamente al pecho, a las clavículas, al cuello, a los hombros de su enemigo, en una lluvia de golpes contundentes. Juncos vaciló, defendiéndose con escaramuzas inútiles. Corrió sangre. De una pierna de Can-

cio manaba un hilo lento y rojo. La tropa lanzó murmullos de triunfo y de lástima.

–¡Bravo! ¡Bravo, Juncos!

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo, Cancio!

–¡Uyuyuy! ¡Ya va a llorar! ¡Ya va a llorar!

–¡Déjenlo! ¡Déjenlo!

Volaron palmas. Crujió un despecho en alto.

Cancio se enardecía visiblemente y cobró la ofensiva. De una gran puñada, asestada con limpieza verdaderamente natural, hizo dar una vuelta a la cabeza contraria, obligando a Juncos a rematar su círculo nervioso, poniéndose de manos, a ciegas, contra el cerco de los suyos. Entonces sucedió una cosa truculenta. Un niño más grande que Cancio saltó del redondel y le pegó a este y un segundo muchacho, mayor aun que ambos, le pegó al intruso, defendiendo a Cancio. Durante unos segundos, la confusión fue inextricable, unos defendiendo a otros y aquellos a estos, hasta que volvió a oírse estas palabras de alerta, que pusieron fin al caos y a los golpes:

–¡El profesor! ¡El profesor!...

Juncos estaba muy castigado y parecía que iba a doblar pico. El humilde granuja, al principio tan dueño de sí mismo, tenía el pabellón de una oreja ensangrentado y encendido, a semejanza de una cresta de gallo. Un instante miró a la multitud y sus ojos se humedecieron. El verle, trajeado de harapos, con su sombrerito de payaso, el desgarrón de la rodilla y sus pequeños pies desnudos, que no sé cómo escapaban a las pisadas del otro, me dolió el corazón. Al reanudarse la pelea, di una vuelta y me pasé a los suyos.

Acezaban ambos en guardia.

–Pega...

–Pega nomás...

Juncos hizo un ademán significativo. El verdor de las venas de su arañado cuello palideció ligeramente. Entonces le di la voz con todas mis fuerzas:

–¡Entra, Juncos! ¡Pégale duro!...

Le poseyó al muchacho un súbito coraje. Puso un feroz puñetazo en la cara del inminente vencedor y le derribó al suelo.

El sol declinaba. Había pasado la hora del almuerzo y teníamos que volver directamente a la escuela. A Cancio le llevaban de los brazos. Tenía un ojo herido y el párpado muy hinchado. Sonreía tristemente. Todos le rodeaban lacerados, prodigándole

palabras fraternales. También yo le seguía de cerca, tratando de verle el rostro. ¡Cómo le habían pegado!

El grupo de pequeños avanzaba, de vuelta a la aldea, entre las pencas del camino. Hablaban poco y a media voz, con una entonación adolorida. Hasta Juncos, el propio vencedor, estaba triste. Se apartó de todos y fue a sentarse en un poyo del sendero. Nadie le hizo caso. Le veían de lejos, con extrañeza, y él parecía avergonzado. Bajó la frente y empezó a jugar con piedrecillas y briznas de hierba. Le había pegado a Cancio este Juncos...

—Vámonos —le dijo Leonidas, acercándose.

Juncos no respondió. Hundió su sombrero hasta las cejas y así ocultó el rostro.

—Vámonos, Juncos.

Leonidas se inclinó a verle. Juncos estaba llorando.

—Está llorando —dijo Leonidas. Le arregló el estropeado sombrero y le asentó el pelo, por sobre la oreja, donde la sangre aparecía coagulada y renegrida.

FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES

(Cuba, 1947, España)

EL ESPACIO DEL AMOR POSIBLE

"Demasiado guapa", pensó él buscando certero su mirada. Ella estaba a punto de atravesar la calle y él estaba llegando a esa acera. Pero ella no se dio aires de estatua lejana y respondió sin vacilaciones clavándole los ojos.

Cuando ella comenzó a cruzar, él no siguió su propio camino, sino que giró para verla de espaldas. Ella se detuvo en medio de la calzada, sin continuar de inmediato hacia la acera opuesta. Se detuvo y también giró. Quedaron frente a frente, observándose.

"¿Una actitud usual o inusual?", se preguntó él desde sus cuarenta y no demasiados años sin alcanzar a responderse. Se dijo que, quizás, por parte de ella, se trataba de una propuesta de prostitución, a la que él no accedería. Era mediodía, y probablemente resultaba un tanto temprano para la venta de sexo, pero él no podía asegurarlo porque no conocía demasiado ese mundo.

Él mantuvo impasible su rostro. Ella resultaba tan atractiva que parecía valer la pena cerciorarse de si era o no un asunto de sexo en venta. Él regresó sobre sus pasos y, cuando estuvieron cerca, le indicó con un ademán que caminaran juntos. Ella no dudó.

—¿Tomamos un café? —propuso él al pisar la acera, algo temeroso de que ella se encaminara al metro.

—Es una idea.

—¿Allí? —él señaló un ángulo de la plaza, una cafetería en la que en alguna ocasión habló con dos amigos durante horas sin que el camarero los molestara—. Te invito donde tú quieras —precisó él sintiéndose extranjero.

—Hay un sitio a tres calles, en la próxima glorieta.

Cuando desembocaron en la glorieta, ella adelantó la mano derecha para señalar un edificio con dos cafeterías que él

frecuentaba en su andar. Las dos, asombrosamente con camareros amables. No habían dejado de caminar, los cuerpos rozándose.

–¿Eres tan alta todos y cada uno de los días de la semana o es sólo para los días sábados? –preguntó él sonriendo.

–De lunes a viernes me reduzco. Gracias a una maga esta estatura es para los sábados y domingos. También para los días festivos.

–Es un consuelo –dijo él, que no era nada bajo, aunque tampoco de elevada estatura–. ¿En qué trabajas?

–En un bar –apuntó ella eludiendo la pregunta y respondiendo a otra, no planteada–. Un local de unos amigos. –Superada una larga pausa, añadió–: Hago un espectáculo circense con un compañero.

Él respiró hondo, aliviado de que lo del bar no pareciera ser prostitución. Lo del espectáculo circense se le antojó ideal. Recorrió el cuerpo de ella con la vista disfrutando de cómo tropezaban sus brazos al andar y de la ausencia aparente de soledad.

–¿Trabajas de actriz? Eres muy guapa.

–¡Qué no!

–¿No actriz o no guapa?

–Ni lo primero, ni lo segundo. No es teatro. Es circo. Es cabaret. Ni mejor ni peor. Hablo de un espectáculo de variedades. No quiero mezclarme en un escenario con la gente de teatro.

–Un mundo lleno de penumbras humanas –precisó él, tanto porque así pensaba, como por darle cuerda a ella para descubrirla más, y, también, para ver si desaparecía la desconfianza que lo caracterizaba.

–“Penumbras humanas...” –repitió ella evaluando la frase, la imagen que le evocaba.

–Lo que intento definir es...

–Hablas fenomenal –le interrumpió–. "Penumbras humanas..." Un círculo oscuro. Como si la luz se concentrara en los escenarios y no entrara a los pechos de los actores... No haré teatro nunca más –y ella lo aseguró con una sombra de amargura.

–También hablas fenomenal. Pero...

–No consigo un elogio sin un "pero".

–Hablas con afirmaciones absolutas. Conozco mucho a los que hacen teatro. A pesar de las miserias, de unas y otras

miserias, el teatro sigue vivo. No como supervivencia. No como penumbra: como luz.

Toda la conversación acerca del teatro, quizás no ocurrió. Quizás la imaginó cuando ya ella no estaba y él repasaba el encuentro para decidir si acudiría a la cita. Era la clase de cita que otorgaba el derecho de ir o no. Si lo que afirmó ella fue: "No quiero mezclarme en un escenario con la gente de teatro." Y él: "Conozco mucho a los que hacen teatro."

Cuando ella seleccionó una de las cafeterías, una de las mesas, y pidieron: él un café y ella una cerveza de barril; entre sorbo y sorbo se contemplaron en detalle.

Él advirtió en ella las ojeras como lagunas turbias. Como esos lagos negros que ocultan pueblos enteros y sus espectros.

—Además de muy alta, eres muy guapa, incluso con esas ojeras. ¿Cómo lo logras?

—¿Y cómo logras tú ser tan encantador? —respondió ella como alabanza—. Las ojeras son porque trabajé hasta las cuatro de la madrugada. Estoy sana, lo sé.

—Yo también estoy sano. Tal parece... como si intercambiáramos credenciales. Soy encantador a veces. La mayor parte del tiempo soy serio y hasta gruñón.

—Lo presiento.

—¿Qué edad has cumplido?

—Treinta y cuatro. ¿Y tú? Es más difícil definir la edad de los hombres.

—Pero si son las mujeres las que usan maquillaje —él fue a tocarle una mejilla, pero contuvo el ademán—. He cumplido cuarenta. ¿O será mentira? ¿Habré empezado a mentir con lo de la edad? ¿Tendré cuarenta y...?

—Da igual cuántos años más o menos. Eres un adulto. Un interlocutor.

—¿Con quién vives?

—Tuve una relación de pareja. Con un inmigrante. Y cuando la iniciamos dejó el albergue y fue para mi piso.

A él no le quedó claro si, en el presente, ella convivía o no con el inmigrante. Decidió aplazar la aclaración.

—¿Tienes una habitación? ¿Un estudio? —preguntó él con uno de esos rostros neutros de ir en los ascensores.

—¡No que va! He dicho "piso" —el énfasis evidenció satisfacción—. Tres dormitorios, salón, cocina, baño. Estos dos últimos meses, desde la ruptura con el inmigrante, no he dormido

allí. No me atrevería a invitarte. Está patas arriba. De cuando el inmigrante se llevó sus... Duermo en la casa de mi compañero de espectáculo. Tienes que ir a vernos. El jueves nos presentamos en un cabaret.

—¿Nudismo circense?

—¡No, no! Ahora estás en la obligación de asistir al espectáculo.

—¿Te molesta que mi rodilla esté acariciando tu pierna? ¿Que esté acariciando tu rodilla y tu muslo? Mi rodilla tiene existencia propia. Es muy independiente —él no halló en su memoria otra vez en que hubiera dicho aquello.

—¿Debería fingir que no había sentido el roce de tu rodilla? ¿Debería manifestarme ofendida? ¿Fingirme... recatada? ¿Podrías tú llegar a creer esa actitud en una artista de cabaret? Tu rodilla se maneja con destreza. Con una elegancia... incitante.

—¿Te drogas? —él había notado hacía unos segundos, dos cicatrices anchas y extendidas, dos de un rosáceo impúdico, en cada uno de los brazos de ella; y, sin una explicación demasiado lógica, preguntó lo de la droga. La pregunta había cobrado vida como si se soltara un resorte.

—No me drogo.

—Ni yo. Para mí la droga es de otro universo. Ni siquiera es de la galaxia de mi curiosidad.

—Tampoco fumo cigarrillos. Bebo una copa al finalizar el espectáculo... Hasta tres y cuatro copas cada noche. Como cualquiera de las artistas de cabaret. Hay que entendernos. Somos una fauna. Con ritos y sistemas de protección de la especie.

—¿Y esas cicatrices en los brazos? —él habló con suavidad—. Dirás que pregunto en exceso.

—No lo había registrado. Mi ordenador no ha estado funcionando... No te cohíbas. Las cicatrices son de una historia que no ocurre ni en las películas. En uno de los bares, estando yo sobre el escenario, me atacó un loco con un cuchillo. Imagina la escena.

Él la escuchó, sin moverse. Un eco de aquella locura de que hablaba parecía apoderarse de ella mientras relataba el suceso. Y en la imaginación desbocada de él, los ojos siempre inquietos de ella fueron los ojos del loco, cortantes y enrojecidos, con el cuchillo como puente de la sangre. Él, en sus visualizaciones interiores, se convirtió en ella indefensa sobre el escenario. Con el

loco demasiado encima como para huir. Y el loco tuvo los ojos, la boca burlona de ella. Quizás él debía comportarse con ella más cautelosamente que de costumbre.

–Una se mueve –ella continuaba relatando– con sus ansiedades barrenándole la cabeza. Una se mueve sin percibir que el mundo entero se mueve. Y una porción que se mueve es ese loco, con un cuchillo de cocina como arma. Un cuchillo afilado y resplandeciente, reflejando enceguecedor las luces de aquel bar.

Él, imaginaba, todavía sin moverse. Imaginaba la ropa andrajosa del loco esparciendo su peste en el aire que respiraban jadeantes. El loco jadeando de furia. Él jadeando de miedo. Un miedo que terminaría por paralizarlo, por servirlo en bandeja, indefenso para el sacrificio donde el loco oficiaba de sumo sacerdote. Mas era ella y no él quien había sido atacada en aquel escenario. Era ella que proseguía:

–El loco tiró dos cuchilladas dirigidas a mi estómago. Y yo paré el cuchillo con mis brazos –ella tuvo un escalofrío al simular cómo se protegió del ataque–. Las cicatrices son el trofeo de cómo gané mi vida.

Tras un silencio, ella propuso:

–¿Quieres comer conmigo? Te invito.

Él olvidó lo de ser más cauteloso que de costumbre y aceptó indirectamente al decir:

–Yo pago la cerveza y el café.

Deambularon por las calles del centro porque ella no conseguía localizar el restaurante al que deseaba invitarlo. Deambularon gozando el emparejar las pisadas.

Ella le contó que había nacido en la capital. Que sus padres eran artistas de circo. Y que creció bajo las carpas, de una gira en otra, hasta regresar a vivir con una tía para estudiar. Que ya de joven había pasado las pruebas de selección y cursado arte dramático. Que estudió hasta graduarse. Que después, como profesional, supo de lo complicado de pertenecer a un grupo, de las complejas relaciones humanas que se daban en el ambiente del teatro, de los montajes. Y que a nivel artístico prefería entenderse sólo con otra persona, como ocurría con su compañero de espectáculo, un hombre que era excepcional como amigo y como artista. Que hasta la alojaba en su casa mientras se rompía de la ruptura con el inmigrante.

Él oía como ella hablaba con vivacidad y fluidez. Y pensaba en despojarla alguna noche de aquella prenda verde con la que

se tapaba el torso, en despojarla de los pantalones ajustados y de los anchos zapatos, no por anchos menos femeninos. Unos zapatos que sugerían comodidad. Y sin aviso, en una de las calles más estrechas, con el dorso de una mano en alto, acarició una mejilla de ella. Fue un roce tierno, aunque él pensaba en cómo sería desnudarla. Sonrieron los dos, cómplices en un combate contra la incomunicación, la desolación, el temor, el hastío. Pero ella volvió sobre el tema del inmigrante, afirmando que necesitaba un respiro, que no buscaba nueva pareja.

Él se sintió incómodo, sin delimitar consigo mismo cuál era su propia búsqueda. Y contuvo sus pasos, él en la calle, ella en la acera, todavía más alta. Ella sujeta por la mano derecha de él. Contuvo sus pasos para decirle:

–No andes por la vida con tantos absolutos. Los absolutos son sólo para tres o cuatro principios esenciales. No te pongas límites de antemano. Si no buscas una relación estable, ¿de qué va esto conmigo?

–Te he invitado a comer –ella intentó irse por la tangente–. El restaurante es aquel de la esquina –señaló hacia una, próxima–, por lo que se ve cierra los sábados. Recorramos unas manzanas más.

–¡No seré tu amigo!

–¿Y por qué no?

–No seré otro compañero de la caridad. Ni siquiera tendríamos la justificación de un proyecto común de trabajo. Cuando alguien para mí puede ser una posibilidad de amor, o es el amor o no es nada.

–¡Me asustas! –exclamó ella medio en broma.

–¿Qué es lo que te asusta? ¿Mi determinación?

–Eres muy tajante.

–¿Los prefieres indecisos?

Él le soltó el brazo, dejó que reanudara la marcha y caminó a su lado.

–En exceso tajante –apuntaló ella.

–Me protejo... porque soy capaz de darme. De darme –remarcó él ocultando un trasfondo de ira.

–Me provocas miedo...

Ella rió como si se burlara.

Él supo que ella era temerosa. Quizás cobarde. Esto lo angustió. Caminaron en silencio casi tres manzanas y ella abrió la puerta de un restaurante abarrotado de clientes. Consiguieron la

única mesa libre, sumergiéndose en la rutina de solicitar la carta, seleccionar, pedir, esperar, masticar los primeros bocados y beber los primeros tragos de agua. Ella saludó a varios como si estuviera en su barrio.

–Yo terminé con el inmigrante –dijo ella con firmeza–. Fui yo quien cerró ese paréntesis.

–¿Quién es?

–No he vuelto a verlo. ¿Qué importancia tiene para ti quién es?

–Pregunté por demostrar interés en algo relacionado contigo. Eres tú quien me interesa –él desplazó una pierna por debajo de la mesa hasta tropezar con una de las de ella.

–Terminé porque resultó más débil que yo.

–¿Y haber terminado no te brinda seguridad? Tú no aparentas ser muy segura –él apretó su pierna contra la de ella.

–El inmigrante estableció una dependencia enorme de mí. Se compadecía todo el tiempo de sí mismo. Lloraba con frecuencia. Lloraba abrazándome como si temiera perderme como perdíó familia, amigos... país.

–Es comprensible. ¿O no?

–Lloraba tanto, tan seguido. Y me perdió. Me duele. Siento lástima –ella atrapó una pierna de él entre las dos suyas largas y cálidas; su mirada, sin embargo, no lo buscó.

–No aplaudo que lo abandonaras. Tampoco estoy en condición de juzgar. Pero, si tomaste una decisión, que sea a fondo, sin claroscuros, sin arrepentirte cada vez que te acuerdes.

–Tengo algo más que contarte...

–Déjame decirte. Las decisiones deben pensarse y repensarse antes de accionar. En especial, pensarse, si atañen a una pareja. Después de consumir nuestras decisiones, es imprescindible vivir en el presente, sin que nuestras decisiones tengan independencia, sin que cada decisión sea un fantasma.

Finalizaba él de pronunciar "fantasma", cuando ella palideció. Un hombre de treinta y tantos años, enfilando a los cuarenta, que acababa de hacer su entrada, se paró a un costado de la mesa donde ellos comían y dijo:

–¡Qué casualidad! Hace un rato dejé un recado en tu contestador diciéndote que comería en este restaurante, que si lo escuchabas a tiempo te acercaras hasta acá.

–No he ido hoy al piso –respondió ella–. Lo lamento...

A él le resultó confuso lo que ella lamentaba. Ella hizo las presentaciones de rigor. Él y el hombre se estrecharon las manos.

El hombre comentó que no había mesas vacías y ella propuso que se les sumara. Él estuvo decidido a levantarse e irse. El hombre se negó a sentarse con ellos, utilizando la excusa de que aquella era una mesa para dos y otra silla obstruiría el pasillo.

En ese instante se desocupó una mesa a espaldas de él, y el hombre fue a sentarse en una de sus sillas, la de frente a ella. Era un hombre ligeramente más bajo que él, delgado, con una mueca triste como sonrisa.

–Dije que tenía algo más que contarte –susurró ella–. Era sobre este hombre. Mi compañero de espectáculo ha estado muy preocupado por mi depresión; porque llevo semanas sin salir como no sea para ir a trabajar; porque no me arranco al inmigrante de la cabeza y siempre lo recuerdo llorando, abrazado a mí, sintiéndome los latidos y golpeándome con los latidos de su corazón. Mi compañero se empeñó en encontrarme pareja entre alguno de sus amigos. Les decía: "Chica guapa, buena persona, sola, ansía conocer..." Entre los que estuvieron dispuestos, este hombre fue el elegido, y se concertó una cita.

–¿No me dijiste que necesitabas un respiro? ¿Quieres hablar de este hombre?

–No tengo una relación de pareja con este hombre. Y no hablaré de lo ocurrido mientras esté a unos metros.

–Puedo levantarme e irme y tú te cambias de mesa. Total, ofreciste que tú pagabas la comida.

–¡Qué no, qué no! –y ella negó a la par con la cabeza.

–¿Quién le dirás que soy?

–Alguien que he encontrado.

La frase lo desconcertó. El resto de la comida transcurrió casi en silencio. Salvo que él se sobrepuso y para recuperarse y recuperar aliento poético escribió en una servilleta: *"El amor es una botella invisible donde navega un velero."*

Ella reaccionó con presteza al leer el verso. Le pidió que se lo diera. Acarició la servilleta, la dobló y la guardó con cuidado en uno de sus bolsillos.

–Tú eres la encantadora –musitó él, decidido a librar la batalla por ella.

Terminó de decirlo coincidiendo con que el hombre se acercó a la mesa a despedirse. Ella, en respuesta a la despedida, con nerviosismo y culpabilidad, le dijo:

–¿Vas para tu piso? En media hora te llamo por teléfono...

Cuando el hombre hubo salido él la enfrentó:

–Si no sostienen algún tipo de relación amorosa... ¿por qué te comportas con culpabilidad?

–No es tan sencillo.

–Es evidente que no es sencillo.

–Este hombre tuvo una pareja durante cuatro años. Una de esas parejas donde todo lo demás prácticamente no existe. Y un día, como si cayera un rayo, se acabó. –Ella eligió cada palabra–: Su piso se convirtió en un desierto. Y este hombre casi quedó sepultado por completo debajo de la arena.

–De que tú también hablas fenomenal, no hay duda alguna –él acentuó la sorna con una expresión del rostro.

–Este hombre no tiene amigos. Ni un maldito amigo o amiga. No tiene familia. Es profesor, pero, por sentirse tan poca cosa, fuera de las aulas prefiere mantenerse a gran distancia de sus alumnos. De su vivienda va al instituto y del instituto a su vivienda, y así hasta el infinito. Es una magnífica persona. Es una persona con magníficos sentimientos. Una magnífica persona aburrida –ella reposó las manos encima de la mesa, las extendió hasta que permanecieron quietas, inmóviles.

–Y este hombre y tú, ¿qué?

–Hemos hablado. Hemos caminado cuando lo he sacado a la calle casi a rastras algunos domingos.

–¿Se han acostado? –él no ocultó la ansiedad que proyectaba.

–Nos hemos acostado unas pocas veces. El sexo no es esencial. No es lo esencial –ella recuperó el movimiento de sus manos.

–El sexo es uno de los motores.

–Le expliqué que no estoy enamorada. Que no tendremos una pareja. Ni ahora ni pasado mañana.

–¿Con claridad?

–¡Con claridad! Le he planteado que lo olvidemos.

–No lo cortas en seco.

–Podríamos ser amigos.

–La soledad de este hombre lo haría girar en torno a su enamoramiento como quien gira en un círculo vicioso –él habló persuasivamente, en exceso–. Este hombre, sí está enamorado de ti. Para que pudieran ser amigos, tendría que transcurrir un tiempo considerable. Es el instante de que cortes en seco. De que lo cortes en seco. Y yo, un pretexto que podrías esgrimir.

–Un pretexto... –ella pareció meditarlo—. Me da pena. Además en su piso está mi video, hemos estado grabando algunas películas.

–El sexo con este hombre, ¿fue un acontecimiento?

–No ha sido nada. Entiéndelo.

–¿Esto conmigo tampoco es nada?

–Te apunto mi número de teléfono –ella escribió los números y le tendió la servilleta.

–Lo guardo, pero concertemos una cita.

–Por la inestabilidad de mis ensayos, lo adecuado es que me llames por teléfono y...

–¡Una cita! Un día a una hora. Un día y una hora en que no vayan a surgir imprevistos ni para ti ni para mí. Una cita sin obligación de acudir. Tú te lo piensas. Yo me lo pienso. Cada quien decide en solitario si asistir o no –él hablaba como quien no admitiría otras variantes—. Puede ser a las nueve de la noche. El primero en llegar, aguarda quince minutos. Hasta las nueve y cuarto.

–¿Una cita insólita?

–Una cita esclarecedora. ¿Cuándo y dónde?

–El lunes. En... –y ella escogió un centro comercial conocido.

Él se resintió por el hecho de que ella aceptara las condiciones de la cita, que no exclamara que acudiría, que no dijera que se vieran en la noche o mañana domingo. Como antes había resentido que ella comunicara al hombre que lo llamaría en media hora. Aunque él, con ella, no se había lanzado en picada, no había precisado las verdades sobre sí mismo, acerca de sus circunstancias de inestabilidad, ni había descrito sus expectativas. Él, tampoco en esos minutos, casi despidiéndose, derribó sus barreras; mantuvo sus defensas.

Ella pagó la cuenta y cuando iban a separarse le dijo:

–Acompáñame. A cuatro manzanas está mi piso. ¿Subirías?

Él no estaba en condiciones emocionales. Ni sexuales. Había resuelto su excitación sexual, tan pronto despertó, para no ir a caer a lo largo del día en tentaciones peligrosas. Y sabía que para él, subir podría resultar definitivo. Quizás para ella... Aunque tal vez ella no pretendía que el sexo ocupara el primer plano en la visita al piso. Aceptó.

Mientras caminaban por callejuelas en las que los balcones, allá arriba, casi tapaban el cielo, él recordó al loco, los ojos de ella como los ojos del loco. En cada cocina suele haber un cuchillo de

hoja ancha, con un mango de madera que permita agarrarlo con fuerza. Él, sin explicación coherente para ello, se preguntó quién empuñaría aquel cuchillo, si ella, si el loco o si él. Si no era él quien en los últimos meses había acumulado tanto rencor. Se preguntó si esta sensación no había estado presente en las madrugadas de insomnio e impotencia...

Dudó si negarse a entrar al piso de ella. Si despedirse en el umbral del edificio. La estrecha fachada del edificio lo desagradó. La puerta también estrecha se abría a un vestíbulo sombrío, atestado de trastos, con escaso margen para llegar a la escalera, gastada y angosta. Era una quinta planta sin ascensor, con una puerta, como las de las antiguas prisiones o las de los cuarteles, baja y de madera muy gruesa. El interior del piso era indescriptible. Todo estaba en desorden. Y en el suelo, en los muebles pintados por varias capas de polvo, en todas partes, los objetos útiles se hallaban revueltos con desechos, con basura inclasificable. Una perra de color negro, sin una mancha, los recibió. Supo que era perra y no perro. Rechazaba que el color negro fuera sinónimo de lo negativo. Pero se interrogó acerca de si lo de la mala suerte de un gato negro en el camino resultaría extensible a las perras con tanta negrura. Porque esta perra flacucha y mal encarada interrumpía sus pasos, se constituía en un muro continuamente.

Ella alzó la perra, la besó boca con boca. Él concluyó que con ella como intermediaria, él terminaría besando también a la perra, una auténtica desconocida.

Se resintió, con amargura, por el hecho de que ella se arriesgara a que él viera aquel desastre de piso. Que no pensase: en qué simpatías o antipatías podían inspirarle a él unos u otros animales, y fuera más cautelosa en sus demostraciones de afecto hacia la perra. Él no aseguraría que iba a entenderse con aquella perra.

La parada fue en la cama.

Él reflexionó acerca de que si ella se acostaba tan rápido con un desconocido, de manera tan inmediata, sin garantías minuciosas, y le hacía lo que, ya desnudos los dos, le estaba haciendo a él, ella no era entonces sexualmente de confianza. Se inquietó con fuerza por las enfermedades. Y pensó con mayor precisión que, quizás, "la enfermedad" ya aguardaba, escondida, acechante.

Ella, tallada por el entrenamiento físico y por su trabajo, tenía un cuerpo inobjetable. Pero en él aumentaba la desconfianza. No

conseguía desalojar de su cabeza, la angustia. Ella empezaba a no parecerle un modelo a soñar, por lo que él se excitaba a ratos sí y a ratos no. Ella, después de tomar la iniciativa, pasó a dejarse hacer como si se hubiera convertido en una estatua que sólo a intervalos se estremecía, se activaba. Y él hizo. Acarició con experiencia. Acarició sin penetración. Sin palabras. Con precauciones. Hizo, como si él no fuera uno de los protagonistas de la escena. Como si su cuerpo, en la cama, cubriendo el de ella, contemplara la representación desde un palco situado en las alturas más elevadas, en las limítrofes con el techo.

–Todavía no... –pidió ella.

Para él la petición tuvo un segundo de retraso. No era enfermizamente veloz en cuanto al acto, pero lo paralizó la culpabilidad por haber concluido primero. Sobreponiéndose dijo:

–Lo alcanzarás –y recordó, acariciándola, cómo la soledad lo había arropado cada día de esa semana maldecida en los infiernos. Lo recordó durante todo el tiempo que ella demoró en culminar.

–Necesito dormir una hora –masculló ella.

–¿Qué significa? –preguntó él con dureza.

–Dormir.

–Me marcho.

–Puedes dormir conmigo –puntualizó ella con calma, entrecerrando los ojos.

–Tú y yo sabemos que eso no fue lo que dijiste. Y ya sólo finges mantenerte despierta.

–Estoy exhausta. ¿Qué fue lo que dije? –ella cogió la perra en sus brazos, acunándola, y gimió por unos segundos como el animal.

–Lo que deseas es que me vaya –él recogía sus ropas dispersas, las manoteaba para desprenderles el polvo.

–Eres... –ella calló un tanto avergonzada.

–Soy para ti un aquí te pillo aquí te...

–Te he invitado a dormir conmigo. En mi cama. Te he dado mi teléfono. Te he... Llámame.

–No –él se había vestido y calzado, y estaba de frente, ensartándola con la mirada–. El acuerdo es la cita. La libertad de cada uno de elegir si aparecerá. El meditarlo sin cortesías ni falsedades. ¿Dónde está el baño?

–Después de la cocina, a la derecha. Lo hallarás todavía peor que el resto.

Él sorteó los muebles, los objetos derribados, los desperdicios. Se asombró de que las instalaciones de agua del retrete y del lavabo, funcionaran. Cuando terminó, se lavó las manos y las secó en el pantalón. No se atrevió a tocar ninguna de las toallas.

En un rincón de la cocina, al regresar al dormitorio principal, divisó una caja cubierta de decenas de excrementos de la perra. Recordó cuando en el restaurante ella dijo: "Y este hombre sepultado casi por completo debajo de la arena." De esta caja debía provenir la asociación. Pero se trataba de una arena casi sepultada por los excrementos. Esto pensaba cuando, como inscripto en el polvo, divisó el cuchillo de cocina tirado en el suelo al lado de la caja. La hoja estaba polvorienta y mellada. Lo que no le impedía ser puntiaguda y enorme. Justo al pie del cuchillo, reposaba una fotocopia de la tarjeta de residencia del inmigrante. Miró hacia la puerta de la cocina. Escuchó con cuidado, conteniendo hasta la respiración. Ella parecía continuar en la cama, desnuda, indefensa.

Él se agachó.

Recogió la fotocopia. Y la rompió en ocho pedazos.

Todo este último fragmento de sus acciones quizás no ocurrió, quizás lo imaginó cuando ella ya no estaba y él a solas repasaba aquel encuentro para decidir si acudiría o no a la cita. Era la clase de cita que no comprometía la asistencia. Lo que sí sucedió en el piso de ella, fue que él retornó al dormitorio con las manos vacías.

—Es adiós —dijo él, lacónico, disimulando la ira por no definir si había caído en la trampa de sexo al minuto de ella, y sin conseguir olvidar el cuchillo y la fotocopia.

La perra de ella también se aproximó a la puerta del piso para la despedida. También la perra se despidió sin efusiones. El espacio del amor posible enrejado adentro. La cita que descifrá.

El lunes siguiente, él se decía que uno es, a solas, muchas veces, el jugador y su contrincante. Que con persona alguna uno juega, en tantas ocasiones de su vida, como con el propio yo. Se decía que, con los otros, uno no hace apuestas tan altas como consigo. Y que no es cierto que uno no pueda jugarse trampas a sí mismo.

Desde el sábado, después de abandonar aquel piso, se había repetido decenas de veces que ella no le gustaba lo bastante, que tenía rasgos cobardes y frívolos, y que él no

correría el riesgo de exponer su precario equilibrio emocional acudiendo a una cita sin acuerdo, porque aunque él había propuesto aquella fórmula de reencuentro, ella la había aceptado. ¿Cómo había planteado él la cita?: "Un día y una hora en que no vayan a surgir imprevistos ni para ti ni para mí. Una cita sin obligación de acudir. Tú te lo piensas. Yo me lo pienso. Cada quien decide en solitario si asistir o no. Puede ser a las nueve de la noche. El primero en llegar, aguarda quince minutos. Hasta las nueve y cuarto."

Ese lunes recordó desde el primer cruce de miradas con ella, desde el café y la cerveza en la cafetería, desde la comida en el restaurante de coincidencias, hasta el sexo como único postre en aquel piso demencial, hasta la historia del loco con el cuchillo agrediéndola sobre el escenario y marcándola con dos cicatrices, hasta la historia del inmigrante. Recordó el cuchillo y la fotocopia de la tarjeta de residencia del inmigrante en la cocina.

Al anochecer del lunes, ya decidido a no ir a la cita, él fue a la función de las siete en un cine cercano al centro comercial, pero cuando salió no eran más que las nueve y ocho minutos, por lo que sin lograr evitarlo, llegó a la puerta del centro comercial a las nueve y diez. Ella no estaba. Él no se quedó a la espera, sino que decidió entrar a revisar las novedades en la sección de revistas para, entre su llegada tarde y el no esperar hasta las nueve y cuarto, nunca estar seguro de si ella había acudido o no. A la vez, con una ligera esperanza de que lo aguardara dentro. Ella, en la sección de revistas, tampoco estaba. Pero mientras él, de espaldas a la entrada, leía el suplemento cultural de un diario, e intentaba concentrarse y enterarse de lo escrito, una mano tocó uno de sus hombros. Él giró.

—Recogí mi aparato de video. He pensado que, el próximo fin de semana, mi piso ya estará en orden, aunque me llevará un poco más de tiempo ordenar mis sentimientos —y ella elevó sus dos manos al cuello—. Nunca soy puntual, suelo tardar como mínimo media hora; esta noche he llegado sólo quince minutos tarde.

Él escrutó el rostro de ella para no olvidarlo.

MAYDA
BUSTAMANTE FONTES
(Cuba, 1852, España)

LASILLA

A la memoria de Zulema, allí donde estés.

A Zulema nunca le gustó perder. Ahora da vueltas sin parar alrededor de la silla de respaldar alto, hecha de madera y cuero policromado, que le acompaña desde su niñez.

Primero la silla fue de la bisabuela canaria. De inicio eran seis y en ellas se sentaban hijas, nietas, abuela, pensamientos, confesiones y susurros, a la hora de comer. Aquella visita, que se repetía cada año durante Semana Santa, era consecuencia de un viaje que duraba más de siete horas. Presas en el vagón de un tren empujado por caballos de madera y cuerdas miserables a las que había que sustituir por otras en cada trayecto. Era en ese momento de reunión, agazapada en las sillas, como lince dispuestos a devorar esos dulces y chocolateados recuerdos, cuando Blanca, así se llamaba la bisabuela, les volvía a contar el cuento que tanto divertía a Zulema. El de la nana, esa esclava negra que la cuidaba, y que huyó al monte, cuando la exasperó mientras planchaba la ropa de hilo de la familia. Nana, harta de tantas preguntas, llantinas y forcejeos, plantó, como si de un acto de liberación se tratase, un borde de la plancha en su culete. Blanca lloró del susto. Pero lloró y gritó más aún, cuando vio que la nana huía despavorida en dirección al monte, aterrorizada por el castigo que le esperaba.

Todos los hombres de la familia salieron a buscar a Nana la furtiva, y no pararon hasta encontrarla. Y allí entre tinajones camagüeyanos y vitrales coloniales se la devolvieron a la niña, quien la abrazó y besó hasta muy entrada la noche. Blanca siempre terminaba así su cuento, mientras servía a todos ese zumo afrodisíaco, hecho de papaya, mamey y plátano, cuyo sabor hacía tocar el cielo.

Ahí está la silla, testigo del tiempo transcurrido entre bisabuela y bisnieta. El tiempo insatisfecho, inacabado, que resbala mudo entre el respaldo y las vueltas, entre astillas y clavos furiosos. Cuando la bisabuela murió, Blanquita, la abuela, a quien siempre llamaron por su nombre pues en aquella época estaba mal visto una mujer divorciada, se llevó dos de aquellas sillas, y cuando murió, tan sólo quedaba una en pie, que fue a parar a casa de la madre de Zulema, hasta que ésta, que ha vivido apegada a muy pocas cosas: unas joyas; regalos del suegro que era joyero, una cotorra que sólo se entendía con ella, un libro: "El país de las sombras largas", decidió despojarse de sus objetos más cercanos, y a Zulema, le tocó la silla.

Deja de dar vueltas a su alrededor y se tumba sobre ella. Los recuerdos no cesan, se agitan y van y vienen a la velocidad de un vuelo de halcón. Ha hecho medio siglo de ese trozo fugaz que es la vida. Y está frente a su primera derrota. Se le escapa el amor. ¿Qué no sabe hacer ahora? Ella, que está acostumbrada a dar combates y ganarlos. Las victorias vienen a su memoria. Su gran papel en la vida ha sido el de estratega del éxito; cada revés convertido en triunfo. No ha sido fácil su andar pero nada la ha detenido; sin embargo, ahora no controla. Sabe que debería partir, pero sigue sobre la silla inventándose razones para quedarse.

El tedio, la incomunicación, la falta de ilusión, la palabra como fuente de malos entendidos, los reproches, la infelicidad bailan sobre su cabeza al compás de una agónica y estridente música. El ruido ensordecedor distancia cada vez más la melodía interior de cada uno. Está aferrada a aquella imagen que la enamoró, cuando él sin conciencia de que eso se llama fraude, dibujó cada detalle de lo que podía hacerla feliz para después mostrarse tal cual es. No quiere aceptar este fracaso. Era tan simple lo que necesitaba. Es tan simple. Y lo ha intentado hasta no intentándolo, por si era esa la solución.

Se levanta. Sabe que tiene que tomar una decisión. Vuelve a dar vueltas alrededor de la silla. La inmoviliza su respiración cercana a ella. Una nueva recriminación cae en el vacío. Se aleja. Y de repente, a ella le viene a la mente la primera batalla que ganó.

Tenía apenas cuatro años, cuando su madre la llevaba junto a su hermana un jueves de cada semana, a un programa de televisión que conducía el viejito Chichi. Allí su hermana, una niña de hermosos rizos y enormes ojos y pestañas de color negro como

el azabache, había sido contratada para mostrar en el país del son y la rumba, sus especiales habilidades en la danza española, mientras que Zulema, entonces una niña delgaducha, de pelo liso y ojos rasgados, eso sí, muy vivaces, jugaba a la “SILLA”.

Siempre ganó y cada vez recibió con orgullo los múltiples regalos que el Viejito Chichí daba, sobre todo aquellas latas de galletas de sal. Fue tanto el ganar, que un día Chichí le pidió a su madre que no la llevara más, aunque a cambio, esa tarde la llenó de juguetes.

Y si volver a este juego, fuera la solución, y si volver a la niñez le diera fuerzas, se pregunta Zulema. Y lo organiza todo. Una silla en el medio del salón, la suya, la única para ella. Deja suficiente espacio para dar vueltas a su alrededor. También a punto un sonido para que se escuche sesenta segundos después de iniciado el juego. Ella le llama, él viene. Ha sido invitado a un juego que definirá el curso de sus vidas pero no lo sabe.

Muy pronto se ven dando vueltas. Permuta el tiempo una balada triste por un concierto de clavos furiosos, a punto de escupir lenguas de herrumbre. Cada uno buscaba su espacio. La piel tiembla. Juegan a ganar como si en ello les fuera el aire que respiran. Zulema está en su terreno; a este juego siempre gana.

De pronto el sonido inunda el salón, Zulema se detiene; él se abalanza sobre la silla.

–Gané –dice pletórico, mientras salta sobre la silla y canta: Campeón, campeón, ohé, ohé, ohé... y como siempre no ve ni escucha más que sus propias palabras.

–Gané –dice ella casi en un susurro. Avanza lentamente hacia la salida. Se escucha un seco golpe de puerta.

FÁTIMA
MARTÍNEZ CORTIJO
(España, 1963)

EL TREN PARTIÓ...

El tren partió antes de lo previsto. Entonces se relajó. El andén se escurría sin que ella girase la cabeza. No quería ver. El miedo subía por su garganta hasta instalarse en sus labios apretados con fuerza. De pronto el campo se desplegó tras la ventana y ella suspiró. La libertad se abría paso en su mente. Él no había llegado a la estación. Rezó sin palabras, no recordaba frases, pero rezó agradeciendo el adelanto en el reloj.

Atrás quedaba ese sabor a odio y miseria. Ese túnel de vicio y amargura. Dentro se despertaba algo dormido, latente, deseoso de vivir: el futuro tal vez, la vida. El vagón olía a limpio, la temperatura era la justa y el silencio de los viajeros se solidarizaba con el cansancio que sintió de pronto. Se durmió. Fue un sueño tranquilo. El reposo del guerrero que, lejos del campo de batalla, se refugia en su paz.

La tierra se desdibujaba tras el cristal aislante y limpio. Al despertar contempló, sin verlos, las lomas lejanas, los árboles veloces, los hilos humanos que conectaban proyectos. Tras el nuevo paisaje, el recuerdo de la violencia, el sabor del abuso y un regusto salado a lágrimas por verter.

Frente a ella un hombre joven, un rostro iluminado por la pantalla de un ordenador portátil, una frente plegada en mil negocios, éxitos y derrotas. Le contempló ensimismada. Traje, corbata, como en las bodas en el pueblo. Zapatos limpios, de ciudad, de asfalto y alfombras. Un anillo de casado en la mano izquierda, tal vez sólo compromiso, tal vez no le entrase en la derecha, tal vez olvidado de una mujer lejana. Bajó la vista, ¿y si sus pensamientos la delataban? Sonó el teléfono del hombre. Era un pitido persistente, desagradable. Lacónico y molesto, cortó pronto. Apenas una hora y una confirmación. Ella pensó que podría seguir mirándole. Un viaje entero, sólo una secuencia de película,

pero no importaba. Borraba el pasado, rompía dolores y humillaciones. La frialdad de aquel compañero la invadió. Tal vez ella podría ser así, ajena al daño, al otro.

El futuro, en aquel planeta desconocido de la gran ciudad, aprendiendo a moverse a otro ritmo, luchando por un espacio propio. Allí no habría ni más ni menos crueldad, quizá la misma, pero no caería toda sobre ella. Borrar el tiempo, borrar aquella caja oscura en su casa pequeña y mísera, borrar aquella mano que la agarró después del entierro. Se había quedado sola, pero el que la llevó la convirtió en la soledad misma. Todos tranquilos, sus conciencias en paz, "la niña está cuidada". Y esperó mucho tiempo un nuevo hogar, un hombre paternal, y no aquel padre que la había arrancado de una incógnita para empujarla en la certeza. Sí, todos respiraron porque la recogió de al lado de la muerte. Pero nadie supo que había dejado de ser niña muy pronto. Nadie imaginó que el invierno despertaba en aquellas paredes grisáceas del tiempo el calor de un hombre que gime de deseo. Nadie conoció nunca en ella el dolor de sentirse esclava y objeto.

Había cerrado el ordenador. Ahora flotaba entre papeles que firmaba y tachaba, tachaba y firmaba. De pronto levantó la vista, se frotó el puente de la nariz, apretó los párpados. Ella seguía mirándole, convencida de que no podía ser vista. Ni siquiera cuando sus ojos se encontraron se inmutó su corazón aún sobrecogido. Percibió levemente un gesto de interrogación y ella quiso sonreír. No halló otra respuesta, ¿la había? El hombre sonrió también. Miró el reloj y recogió sus papeles. Se levantó. Ella le siguió con la mirada hasta que hubo salido del vagón. Allí, sobre el asiento, frente a sus rodillas, había quedado el ordenador y el maletín repleto de papeles tachados y firmados. Se recolocó en el asiento, vigilante. No tardó mucho en volver. Oía a tabaco y cuando se acercó más también oía a café.

—¿Quieres?

Le tendía un dulce envuelto en una bolsa crujiente de plástico coloreada. Negó con la cabeza y el hombre lo dejó a su lado, sobre las rayas azules del asiento. Luego se sentó. Miraron los dos hacia fuera. Lomas, árboles, líneas de alta tensión. El mismo lienzo se deslizaba cansino. El mismo bamboleo dulce e hipnótico bajo el cuerpo. El hombre de nuevo trabajaba. Ella sintió hambre.

—Cómételo. Falta aún mucho camino y tendrás hambre. No tienes buena cara. Cómételo.

Lo dijo sin mirarla y ella obedeció. La sumisión aprendida no se iba fácilmente. Una palabra, una voz, un sonido que estallaba en su cara. Luego ella obedecía. Se dejaba hacer muerta de miedo. Lloraba de humillación y de angustia. Deseaba escapar. Pero la amenaza forzaba su cuerpo, cerraba su boca y abría sus piernas. Obedecer, un año, dos años, tres muertes. La de la madre, la de la niña que fue y la de su libertad. Ahora obedecía de nuevo. Estaba bueno el dulce, chocolate. ¡Cuánto hacía que no desgranaba aquel sabor en su boca! Se escuchó dando un gracias apagado y sumiso. El hombre no respondió.

Había escapado sin proponérselo. Llevada por un resquicio de lucha. Fue de mañana. Frío y terror tras una esquina de la estación solitaria. El tren que llega. Las puertas que se abren y ella que se lanza a su interior como a los brazos de un salvador. Llevaba poco dinero, de eso fue consciente al trepar el segundo escalón. Pero no dudó. Lo desconocido por delante, la muerte viviente por detrás. Se agarró a la barra que halló dentro. Las puertas se cerraron y se acurrucó en un asiento. Ahora trataba de recordar cómo se sonreía.

En la siguiente parada subió gente. Eran grises, anónimos, lejanos. Traían el frío del otoño tras los cuellos subidos de las chaquetas. Una pareja hizo intención de sentarse con ellos. Cambiaron de idea. Sin saber por qué, se sintió aliviada. Frente a ella el hombre hacía ahora una llamada. Hablaba con ternura. El rostro relajado, los labios abiertos en un gesto amable. Luego se despidió y volvió a la rigidez inicial.

—¿Vas hasta Madrid?

Debía contestar. No despertar sospechas. Aún era menor. Podrían estar buscándola a estas horas. Afirmó con la cabeza.

—Sola — añadió el hombre.

No había sido una pregunta. Ella continuó mirando, tratando de subir las comisuras de los labios en un gesto casi olvidado. Se seguía preguntando, ¿qué hacer? Pero el hombre no insistió. Recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tal vez pedir ayuda, trabajo, un sitio para dormir. Pero un cosquilleo familiar se depositó en su estómago. Al fin y al cabo era un hombre, y todos los hombres debían de desear lo mismo. Él se cobraría, y ella ya había pagado demasiado. Cuando llegara, ¿dónde acudiría? En eso no había pensado. De pronto se cayó algo dentro de ella, se sintió desplomada y torpe. Confiar. Escapar. Protegerse. ¿Hasta cuándo? ¿Y si ahí, frente a ella, estaba la solución?

Otra hora se escurrió en los relojes. Ella había sollozado. Nadie se había dado cuenta. Notaba los surcos reseco en su cara a pesar de habérselos repasado una y otra vez con el dorso de la mano. Como una y otra vez se bañaba acuciada por el olor a desahogo carnal que no se desprendía de ella.

La gente se movía ya inquieta en sus asientos. Algunos hablaban por teléfono, avisaban de su llegada. El hombre se había despertado. La miró.

—¿Necesitas algo?

—Hacer una denuncia.

El hombre alzó las cejas. Se ajustó la corbata. Revisó el cierre de su maletín.

—En la estación hay un puesto de policía. Yo te lo indicaré.

No le preguntó qué iba a denunciar. Tal vez ella hubiera deseado empezar a hablar, no contar su vida, pero sí mover los labios, emitir sonidos, elaborar frases, sin que una mano ancha y sucia la golpeará por hacerlo. Pero el hombre no preguntó más.

Cumplió. Ella se vio sentada en una silla, frente a un uniforme bien abotonado, el hombre se había ido. Tal vez le esperara una oficina necesitada de su eficacia. A ella no le salían las primeras palabras. Le pidieron los datos. El policía miraba una pantalla. Era más grande, posiblemente proyectaba más luz. Se sorprendió a sí misma pensando esas minucias en un momento tan delicado.

—Hay una denuncia por tu desaparición.

Y la voz le sonó lejana. Ya se había acabado la esperanza. Ahora él vendría a llevársela. Como la otra vez, arrastrándola por caminos ásperos y negros, derribándola como a un pelele maltrecho y amado por nadie.

—¿Puedo ir al baño?

Había mucha gente, llegaban varios trenes al mismo tiempo. Los servicios eran estrechos y las mujeres hacían cola. Ella se escabulló. Del otro andén un tren anunciaba su salida pitando alegre. Subió sin saber dónde iba. Qué importaba. Miró el reloj. Otro tren de nuevo, tal vez otro tren partiendo antes de lo previsto

SALOMÉ
GUADALUPE INGELMO
(España, 1973)

SUEÑAN LOS NIÑOS ALDEANOS
CON LIBÉLULAS METÁLICAS

El pequeño acostumbra a escuchar cada noche un cuento de labios de su madre. Un privilegio harto inusual en los tiempos en los que le ha tocado nacer. Tiempos en los que la necesidad parece haber anestesiado la ternura, amenazando con sumirla en un sueño eterno.

Disfruta con los relatos de su madre. Suelen estar llenos de duelos heroicos, viajes a lugares lejanos, victorias sobre monstruos terribles... Miles de aventuras capaces de cautivar su mente infantil. Pero las historias de su madre están también llenas de amistad, fidelidad y altruismo. Y a él, que es una criatura reflexiva y sensible, las enseñanzas que se pueden extraer de ellas no le pasan desapercibidas.

El placer se hace especialmente intenso en invierno. Llegada la hora de irse a dormir, sube corriendo las escaleras rumbo al cuarto que comparte con sus hermanos mayores, salta sobre el mullido colchón de lana y se arrebujaba con la manta que su madre le tejió con tanto amor. Durante la emocionante espera a menudo se cubre con ella hasta la nariz. Y entonces le parece percibir el olor de las hábiles manos. Observa hechizado las elegantes grecas en las que ella combinó sabiamente los rosas y tostados hasta obtener un exquisito efecto degradado.

Es el más pequeño entre sus hermanos y, en parte por ello, el más mimado de todos. Además, su llegada al mundo sirvió para restañar una terrible herida. Gracias a él su madre dejó de preguntarse si los dioses, celosos de sus privilegios, no habrían pretendido castigar a la familia por su modesta felicidad.

Era consciente de que, sin ser ricos, gozaban de una cierta estabilidad económica en tiempos difíciles que hacían presagiar

futuras penurias aun peores. La taberna de su marido tenía una clientela abundante y fiel, entre la que siempre podía encontrar buenos amigos con los que jugar una partida de cartas. La carne y la lana para fabricar ropa de abrigo tampoco les faltaban, pues parte de los beneficios de la taberna habían sido reinvertidos en un envidiable rebaño. Cada dos días horneaba el pan amasado con el fruto de los campos de trigo de su suegro, extensiones inmensas de finos tallos que se doblaban bajo el peso de las espigas doradas —paisajes comunes en un pueblo donde la perpetua sequía hacía muy difícil cultivar con éxito otros vegetales que no fuesen cereales—. Eran en buena medida autosuficientes; no se podía decir que pasasen necesidades. Se sentía una privilegiada. Y eso, a veces, la mantenía despierta por las noches. Temía que los inmortales les considerasen culpables del grave pecado de la *hybris*, la soberbia que los dioses perseguían sin misericordia.

La noticia del embarazo fue acogida con entusiasmo por la pareja. Decidieron ponerle al futuro miembro de la familia el mismo nombre que al hermano difunto: Rafael (“Dios ha sanado”). Efectivamente, aquel pequeño curaría la enfermedad que había irrumpido en una casa otrora alegre: la melancolía.

Apenas la contadora de cuentos le dio la buena nueva, su marido se aprestó a esquilar algunas de sus ovejas. La madre de Rafael lavó cuidadosamente los grandes montones de mullida lana, los extendió al sol, los tiñó con un gusto exquisito y los cardó e hiló pacientemente. Tejía el ajuar con premura, pues tenía todavía mucho trabajo por delante. Aun así, no renunciaba a gozar de cada vuelta que añadía a sus trabajos con las largas agujas de lana o con las cortas de ganchillo, de cada puntada realizada para coser los remates y cenefas.

Esperaba que su nuevo hijo fuese tan dulce y despierto como su hermano, una criatura muy precoz aunque de salud delicada. Sin embargo, mientras pasaba la palma de la mano por su abultado vientre, temía que también resultase ser tan inteligente como él. Todos se empeñaban en decir que el pequeño había muerto por ser demasiado listo. La sabiduría popular sostenía que el excesivo estudio terminaba siendo perjudicial para la cabeza y el resto del cuerpo. Por eso se preguntaba si no estaría cometiendo una imprudencia al contarle cada día una fábula de Esopo mientras aún moraba en el interior de su hinchado cuerpo.

Pero la tentación fue más fuerte que el temor, y esa costumbre de narrarle mitos clásicos disfrazados de cuentos infantiles se convirtió en firme tradición y se prolongó durante toda la infancia de Rafael hasta casi rozar su adolescencia.

De la pasión de la contadora de cuentos por la mitología greco-latina era en buena medida responsable su esposo, cuyo pasado se podía considerar bastante inusual entre los taberneros. Además de un excelente vinatero y jugador de mus empedernido, era el padre de Rafael un ex-seminarista buen conocedor del latín, motivo por el cual acabó siendo sacristán de su pueblo.

Este amante de las cartas y la lingüística alternó durante la guerra las partidas de mus —en las que cada día iba perdiendo más dinero— con la redacción y lectura de cartas que iban y venían hacia y desde el frente, llenas de esperanzas y mentiras piadosas, escritas de balde para otros vecinos únicamente por amor a la palabra —la mayor pasión que compartía con su esposa— y al prójimo.

Esa extraña combinación de actividades habría de llevarle a perder casi todo en la vida. Menos su máspreciado tesoro, su enorme diccionario de la lengua castellana encuadernado en piel de cerdo. Ése con el que al final de sus días, ya viudo, vagaba de casa en casa aguantando como mejor podía los reproches de sus nueras, que se revelaron mucho más quisquillosas que sus yernos y no pocas veces le hicieron sentir un huésped indeseado. Soportaban a duras penas que las corrigiese mientras hablaban o que las interrumpiese para preguntarles por el significado de los localismos que cada una de ellas empleaba.

Dos cosas alimentaban su temple y hacían que no perdiese el ánimo: poder ver crecer a sus nietos durante esas estancias en casa de sus hijos —en las que, con extrema paciencia, daba de comer a los más inapetentes y ayudaba con el álgebra a los más torpes— y, sobre todo, tener la certeza de que volvería a reunirse con su amada contadora de cuentos en el Hades. Se reunirían allí como Orfeo y Eurídice. Y esa vez sería para siempre. Pues el jugador de cartas y la contadora de cuentos se querían mucho, como sólo unos pocos afortunados se han querido desde que el mundo es mundo. Como poca gente solía quererse entonces, porque no corrían buenos tiempos para el amor. Quizá por eso después de su muerte nunca más volvió a jugar a las cartas. El

lenguaje se convirtió en su único mundo. No en vano había sido el esposo de una profesional de la palabra.

—... Entontes Polifemo, rabioso, empezó a lanzar grandes piedras contra el barco que se alejaba de la isla con la esperanza de lograr hundirlo. Sin embargo, Ulises y sus compañeros consiguieron escapar indemnes de este nuevo peligro. Y navegaron rumbo a nuevas y emocionantes aventuras. ¿Te ha gustado el cuento?

—Sí... mucho —intenta parecer lo más convincente posible; pues a pesar de su corta edad, da muestras de un tacto exquisito y por nada del mundo desearía ofender o disgustar a su madre.

—No mucho, ¿verdad? —pregunta la contadora de cuentos. Además de ser una mujer extremadamente perspicaz, conoce a la perfección a su hijo y es capaz de interpretar cada uno de sus gestos.

—Sí, sí. De verdad que me ha gustado. Sólo que... hay algunas cosas que no me convencen demasiado.

—¿Por ejemplo? —indaga deseosa de conocer las críticas que el pequeño tiene que realizarle al mismísimo Homero.

—Polifemo es muy malo, y yo no creo que todos los cíclopes sean así.

—¿Acaso has conocido a muchos?

—Al abuelo. Y el abuelo estás siempre de buen humor. Yo no le he visto enfadarse nunca y todos dicen que es un guasón —describe a su abuelo paterno, que en efecto no perdió el buen humor ni siquiera cuando una espiga le saltó años atrás un ojo mientras segaba los campos y, aun tuerto y ya viejo, sigue presumiendo ante la atónita mirada de sus jornaleros de ver correr inexistentes liebres por los cerros que se pierden en el horizonte.

—Pero ¿cómo se te pasa por la cabeza comparar al abuelo con un cíclope?

—Tú has dicho que los cíclopes son gigantes con un sólo ojo.

—Por supuesto; pero tienen un solo ojo de nacimiento, no porque hayan perdido el otro. Además, lo tienen en el centro de la frente. Está claro que éste es un cuento que no volveremos a contar. De todos cuantos te he contado, ¿cuál es el que te gusta más? —pregunta con la firme convicción de que esa respuesta ha de darle una información valiosísima sobre el carácter de su hijo.

—El de Ícaro.

—Claro, es un cuento muy bonito —se le dibuja una enigmática sonrisa en los labios al escuchar la respuesta decidida del rostro súbitamente iluminado por el entusiasmo. Es una sonrisa alegre en parte, y en parte triste. No puede evitar sentirse orgullosa de haber traído al mundo a un soñador. Pero, por otro lado, se da cuenta que, en los tiempos que corren, el pragmatismo es la única vía posible para sobrevivir. Y le duele pensar que, creciendo, la vida habrá de enseñarle esa dura lección. Sólo espera que consiga guardar su capacidad de soñar en algún lugar recóndito, que logre custodiaria celosamente hasta poder darle rienda suelta de nuevo cuando los tiempos sean más propicios.

Le fascina el cuento del tal Ícaro. También él ha soñado muchas veces con poder volar y ha corrido por los campos agitando los brazos desesperadamente, como el torpe polluelo que en realidad es. Sin embargo, a pesar del empeño y la ilusión, no ha logrado nunca alzarse ni un milímetro del suelo. Todo parece indicar que sus ansias de surcar los aires deberán aprender a sentirse saciadas observando los milagros voladores que ofrece la naturaleza: el frenético murciélago, la grácil golondrina... Aunque la más elegante, sin lugar a dudas, es la libélula.

Sólo en contadas ocasiones ha tenido la oportunidad de disfrutar de los destellos que deja en el aire su zumbido metálico de motor eléctrico. Son seres perfectos, de esbelto abdomen y alas modestas pero resistentes y prácticas, aerodinámicos por excelencia, diseñados por Dios específicamente para volar, para alegrar con sus piruetas y acrobacias las tristes vidas de quienes se ven obligados a pasar su existencia con los pies pegados al suelo. Las tonalidades de sus cuerpos suelen ser muy llamativas, y a veces incluso sus alas poseen bellos colores tornasolados. Sin embargo, lo que el pequeño admira verdaderamente es su gracia. Esa que les permite un vuelo decidido e impecable.

Lamentablemente, esos seres perfectos son muy escasos en un pueblo aquejado de una sequía perenne. En alguna ocasión le ha preguntado a su padre si todas las aldeas de Salamanca son así.

—Claro que no. En otros pueblos de la provincia hay ríos y charcas. Los muchachos se bañan en ellos y aprenden a nadar y pescar. ¿Echas de menos hacer esas cosas?

—No. Preguntaba sólo por preguntar —responde encogiéndose de hombros, mientras piensa que lo que él realmente echa de menos son las libélulas.

—Todo en esta vida tiene un lado positivo. Hasta la aridez lo tiene. En los pueblos donde el agua es abundante, los árboles y verduras crecen frondosos y dan frutos mucho mayores. Pero, al tener más agua dentro, su sabor se concentra menos. No encontrarás melones tan dulces como los nuestros, por pequeños y deslucidos que éstos sean. Es la esencia lo que cuenta, hijo mío, y no la apariencia.

El pequeño mueve afirmativamente la cabeza y procura hacer tesoro de las palabras de su padre. Aunque le resulta difícil concentrarse en esa tarea, pues su pensamiento ahora vuela lejos, tras la estela brillante de unas alas.

A pesar de lo que afirma su padre, en su pueblo todos sostienen que allí no hay más que pizarras y trigo. Es un secarral castigado por un sol ineludible que recalienta las rocas. Sin embargo, como todos los críos de su edad, él es consciente de que, si se sabe buscar, es posible encontrar compañía debajo de esas piedras ardientes. Por eso corre aquí y allá a la caza de refugios atractivos para los que los muchachos suelen llamar alacranes, unos animalillos con brillantes caparazones, pinzas desproporcionadas en lugar de brazos y una larga cola rizada terminada en un peligroso aguijón.

En su pueblo, los escorpiones son pequeños, como todo lo que crece en esa tierra reseca. Son además bestezuelas bonachonas, a diferencia de la mayor parte de los miembros de su raza. En nada le recuerdan al quisquilloso escorpión que en el cuento de su madre se obstinaba en picar a Heracles mientras éste trataba de luchar contra la hidra. Normalmente cuando se los encuentra se muestran sorprendidos, pero no irritados. Suelen parecer desorientados. El pequeño se dice que probablemente es debido a todo el sol que soportan. Su madre siempre le repite que debe tener cuidado de no dejar la cabeza demasiado tiempo al sol. Sus cabellos crespos y negrísimos concentran especialmente el calor, de forma que puede imaginar el calvario de los pobres animalillos oscuros como el carbón.

No busca a tontas y a locas. Es muy metódico en su actividad preferida y posee la vista del experto. Levanta sólo algunas piedras, en las que unos ojos neófitos no advertirían ninguna

señal que hiciese presagiar un huésped. Para cuando las voces llegan hasta él, ya pasea con una hebra de lana entre las manos. A la extremidad opuesta ha atado delicadamente la cola de un escorpión que camina a su paso, casi como lo haría un perro bien amaestrado. Es ése un pasatiempo bastante apreciado entre los chicos de su edad. Aunque hay quienes disfrutan más acosando a las desdichadas bestias con fuego hasta inducir las al suicidio.

—¡Rafa, Rafa, corre! —dice jadeando mientras se da la vuelta y se dispone a emprender de nuevo la carrera.

—¿Por qué tanta prisa?

—Hay que fastidiarse con el crío. Siempre tiene la pregunta preparada en la boca. ¿Por una vez no podrías probar a hacer lo que se te dice sin más? Ya están todos allí. Encima que me molesto en venir corriendo a avisarte, vas a conseguir que me lo pierda —responde su primo, que es un par de años mayor que él, mientras se inclina hacia delante y se apoya en las rodillas llenas de costras, dispuesto a aprovechar la inoportuna flema de Rafael para descansar unos segundos.

—Pero todos ¿quiénes? Allí ¿dónde?

—Todos son todos. Todo el pueblo está allí. Hasta los hombres que estaban en la era han saltado de los trillos. Están todos en los campos del tío Pascual. Y ahora, ¿te quieres poner en marcha?

—¿En los campos del tío Pascual? —pregunta perplejo—. Pero si allí no hay más que trigo. Como en el resto del pueblo. No veo qué puede haber allí tan interesante...

Finalmente, ante la mirada hosca de su primo, decide soltar a su mascota y emprender la marcha. Antes de echar a correr, se vuelve por última vez y observa con pesar como la lana roja desaparece definitivamente bajo una piedra.

—¿Qué? ¿Valía la pena o no?

Rafael ni siquiera acierta a contestar. Se ha quedado sin voz. Y ello no es debido a la carrera sino a la emoción, la más intensa de toda su vida, la que habrá de iluminarle los ojos cuando recuerde aquella tarde de sol aun en la vejez.

—Ha tenido que aterrizar de emergencia —explica su primo—. Se le ha debido de romper el motor, porque salía muchísimo humo de ahí —dice señalando el morro—. El piloto está en casa del tío Pascual, recuperándose del susto.

Sin embargo, es como si él ya no pudiese escuchar los sonidos de este mundo. Como si su cabeza estuviese muy lejos del suelo, entre las nubes. Simplemente camina con la boca abierta, lentamente, muy lentamente, como se aproxima un creyente al objeto de culto más sacro para él. Las rodillas le tiemblan y el corazón se le acelera. Su pequeño cuerpo se abre paso entre la muchedumbre de curiosos que rodean el aparato nunca visto, que se obstinan en tocar su brillante superficie con una mezcla de curiosidad y recelo. Y allí, frente a él, aparece su sueño: la gran libélula metálica.

Todavía conserva la manta que su bisabuela le tejió a su abuelo aún antes de que éste naciera. Tiene tantos años que, en algunos puntos, las cenefas se han descosido. Pero el tiempo ha respetado los sutiles juegos de colores con los que las manos diestras tejieron elegantes grecas. De vez en cuando la saca del armario en el que la conserva amorosamente. Mientras acaricia la suave lana, recuerda las historias que su abuelo le contaba de pequeña e imagina un pequeño pueblo de Salamanca. Los parajes secos se dibujan claramente en su mente a pesar de no haberlos visitado nunca sino en sus sueños, cuando se queda dormida sobre el sofá del salón, abrazada a esa manta en la que aún puede oler el suave aroma de sus antepasados.

LILIANA
PEDROZA CASTILO
(México, 1976)

SUBTERRÁNEOS

Volví a despertar de madrugada. Tenía una semana de abrir los ojos automáticamente en las primeras horas del día, sin poder dormir de nuevo. Las últimas noches mis sueños ocurrían en un espacio extenso y oscuro por el que transitaba. El lugar desierto, sin márgenes, era lo que me causaba angustia y me hacía despertar como acto reflejo. Por la luz incipiente que percibí a través de la cortina adiviné que serían alrededor de las cuatro. Desde la cama, miré el plano que coloqué en la pared de la habitación. Sobre el mapa, la línea roja que marcamos David y yo de la ruta probable en nuestra ciudad subterránea. Hacía seis meses de eso. El deseo por explorar esos corredores que habitan bajo nuestros pies se iba acrecentando conforme nos preparábamos para ello. Cada fin de semana nos encontrábamos en un terreno escampado al sur de la ciudad, cerca de la antigua estación de tren ya clausurada. Hacíamos largas caminatas contabilizando las embocaduras de acero por la avenida Industrial, buscando posibles ramificaciones, formas de descenso, obstáculos en el trayecto. Nos alternábamos para realizar pequeñas pruebas sobre lo que nos enfrentaríamos. Nos atraía aún más la aventura al sentir la respiración de esa boca oscura y húmeda que se abría para nosotros.

El objetivo era realizar un recorrido de varios días bajo la superficie. Para ello habría que aplicar formas de supervivencia con los mínimos recursos. Intentamos habituarnos a las zonas sin luz y aguzar otros sentidos, el tacto, el oído. Reconocer con el movimiento del cuerpo la densidad del aire alrededor, percatarse de los objetos cercanos antes de tocarlos con los pies o las piernas. Algunas tardes aprovechaba para visitar a mi madre en su trabajo, el edificio de una empresa trasnacional; me detenía frente a los seis ascensores y, pese al ruido del vestíbulo, me con-

centraba en el sonido fino de las varias poleas en funcionamiento para advertir lo antes posible la puerta que se abriría ante mí. En diferentes lugares me propuse identificar por el sonido de los zapatos el caminar continuo de un hombre o una mujer, si el peso contra el suelo correspondía al de una persona gruesa o no, la celeridad de un joven o una persona mayor. Comencé a reconocer las sutilezas y textura del sonido sobre azulejo, parquet, alfombra y baldosas. Registré los sonidos de la ciudad a diferentes horas del día.

Poco a poco fui potenciando otras habilidades y recursos de mi cuerpo. Por las mañanas iba a la alberca olímpica a nadar durante dos horas. Recorría al menos tres mil metros diarios. Me duchaba y me dirigía a la universidad. Varias noches por semana, David y yo íbamos a correr al parque deportivo. Él fue quien tuvo la idea de explorar los conductos pluviales. Era mi amigo desde la secundaria pero desde que entramos a la universidad no nos habíamos vuelto a ver. Era mi último año en la Escuela de Finanzas y él comenzaba segundo en la Facultad de Derecho. David había intentado varias carreras antes sin acertar. Aquella inestabilidad lo volvió, de alguna manera, solitario, detenido en una adolescencia que ya habíamos rebasado hacía tiempo. Poco nos quedaba en común. Durante los años escolares en que coincidimos no fuimos del grupo seleccionado de fútbol. Éramos malos atletas pero, en compensación, mucho mejores estudiantes que los demás. En esa época comenzamos a adquirir un gusto inexplicable por los terraplenes que encontramos en nuestros recorridos en bicicleta y lo que sucedía en ellos. Observábamos durante horas el tránsito de obreros después del trabajo, mujeres con bolsas de mandado, perros callejeros, mendigos. Podíamos quedarnos sentados el resto de la tarde en esos sitios sin hacer nada. Nuestra zona de exploración se expandió un día cuando merodeamos una fábrica en desuso y descubrimos una rendija de entrada. En semioscuridad adivinamos la maquinaria oxidada, los altos muros, los pasillos, las escaleras. Inventamos diferentes juegos en el interior de la construcción. Aquello era terreno fértil para todo lo que éramos capaces de imaginar: podíamos ser espías, cazadores, excursionistas. Por eso comenzamos a buscar lugares abandonados. Casas o edificios. Ensayábamos rutas nuevas en nuestros trayectos diarios a la escuela y cada vez íbamos alejándonos más de nuestro barrio. Al encontrar un punto nuevo, explorábamos primero los alrededores, las calles,

procurando no ser vistos por los vecinos. Comprobábamos si realmente el lugar estaba vacío o habitado por algún inquilino temporal. Si descubríamos algún pordiosero, vigilábamos su horario de entrada y de salida. Esperábamos con paciencia. Nuestro código era ingresar únicamente cuando el territorio estuviera solo. La técnica era entrar por algún resquicio, nunca por la puerta principal. Podía ser por la entrada trasera o la ventana del baño. Hacíamos un reconocimiento general. Realizábamos un inventario de objetos que pudieran ser valiosos en nuestra reconstrucción de la historia del lugar: un teléfono, un calzado, una libreta, todo nos era importante. Luego escribíamos una lista de posibles historias. La edad del edificio, el número de dueños, la cantidad de personas que lo habitaron, el motivo por el cual había sido abandonado. Llené mis cuadernos de la escuela con apuntes sobre nuestros descubrimientos. David y yo contrastábamos nuestros resultados de las pesquisas, comentábamos, escribíamos nuevas posibilidades. Nuestras notas bajaron en segundo año de secundaria y, aparte del regaño en casa, aquello no fue importante para nosotros. En ese momento creímos haber descubierto la esencia de los objetos que nos rodeaban, condición que sólo puede revelarse si nos apartamos del objeto o somos abandonados por ellos, cuando fuera de todo contexto adquieren ese aspecto inútil. Éramos en gran parte lo que poseíamos, pero también lo que arrojábamos fuera de nosotros. Imaginé con desaliento mis objetos inanimados cuando yo ya no existiera. Por ello propuse a David resguardar en una caja de metal algunas de nuestras pertenencias con instrucciones detalladas sobre el año en que fueron hechas y su utilización para futuros exploradores. Acordamos buscar un lugar secreto en mi casa para cuando ésta fuera abandonada. Pero cómo, en qué momento se abandona por completo una casa, me pregunté con angustia ante la incertidumbre.

Con el tiempo, nuestras expediciones se hicieron espaciadas. David y yo entramos a la preparatoria aunque ya no estábamos en el mismo salón. Hicimos otros amigos, surgieron otros intereses. Algunos fines de semana hacíamos recorridos en bicicleta por terrenos montañosos. Salíamos de madrugada y acampábamos una noche o dos. Tanto a él como a mí nos gustaban los sitios solitarios. Allí hablábamos de nuestras cosas. Era yo quien rehuía los temas pasados en mi afán por entrar a la vida adulta. Ambos notábamos que se abría una brecha natural de la

vida que nos separaba. Al graduarnos perdimos por completo el contacto.

Debo admitir que no me extrañó su presencia a finales de invierno para proponerme esa nueva exploración. Era un interés que después de todo no habíamos perdido. Hacía más de un año yo divagaba con la idea de viajar al sureste del país para recorrer las aguas interiores de un río subterráneo. Después de leer en el periódico la nota del reciente descubrimiento de un nuevo río bajo tierra, probablemente el más extenso que existiera, se despertó aún más mi interés. Pero advertí que ya no tenía el impulso de años atrás. La propuesta de David era el primer paso para mis expectativas.

Por ello mejoré mi condición física sobre todo a nado. Llevaba una bitácora sobre mi resistencia y una elaboración minuciosa sobre lo que sería mi traslado en el afluente cercano a las costas del Caribe. Llevaría los mínimos elementos requeridos para bucear. Había investigado sobre ello. Debía ir ligero para resistir el recorrido el mayor tiempo posible. Planeaba llevar unas cuerdas y unas estacas para dormir pendiente al interior de las paredes, si no encontrara algún punto de descanso durante la expedición. Los flotadores también me ayudarían. Con ciento cincuenta y cuatro kilómetros de largo, calculaba una exploración de aproximadamente doce días por aquel río. En mi entrenamiento, para poder conducirme en la oscuridad, nadaba algunas veces con los ojos cerrados y percibir por las ondulaciones del agua los extremos de la piscina. Cada movimiento era una propagación de energía que, según su alcance, hacía sentir cerca o lejos los cuerpos. Al menos era mi forma de entender lo que me ocurría. Comencé a nadar una hora diaria y rápidamente fui aumentando el tiempo. Se aceleró de manera tal mi inquietud que al cabo de algunos meses iba a la alberca olímpica por la mañana y por la tarde. Comencé a perder horas de clase.

David por su parte hacía ejercicios de elasticidad y de largo alcance como saltos sobre el vacío o piruetas sobre muros. Era bastante ágil. Intentaba enseñarme pero yo aprendía sin mucho rigor, pese a que tal habilidad podría servirme para mi propio desafío del que nada le había contado. Hablábamos largamente de los progresos en nuestra preparación, de las breves excursiones a las que nos habíamos aventurado hacia poco por el teatrón de San Jacinto. A mitad de la noche, recorríamos uno a la

vez con una larga soga como hilo de Ariadna. Aquel laberinto bajo tierra era también nuestro minotauro. La humedad de los largos pasillos, el eco del continuo goteo y del agua escurriendo me aproximaban a la sensación de lo que sería mi expedición por el río subterráneo. En el recorrido angosto y cóncavo, imaginaba un camino de aguas claras y dulces, la suave resonancia que produce el movimiento contra paredes terrosas y no la que provocaba el hormigón. El silencio me hacía estar alerta a los sonidos. Oía con claridad el roce de mi impermeable contra el pantalón cuando caminaba, el sonido sordo de mis zapatos en el camino pantanoso, el aleteo de insectos que huían a mi paso. Mis manos además de mi ropa estaban llenas de musgo y barro. En plena oscuridad, me ayudaba con una pequeña linterna de mano para distinguir las líneas que añadía sobre un papel, trazos indispensables para confirmar o corregir el mapa de nuestra ruta. Intuíamos que esas cortas excursiones eran solamente el umbral de una ciudad ignota que estábamos por descubrir. Se acercaba el momento de explorarla. David señaló la fecha cuando al salir a la superficie en mi último ensayo bajo tierra vio mi rostro asombrado y la hoja de papel, desbordado de líneas hechas con un lápiz casi sin punta. Sólo un trozo blanco limitado para nuestra aventura.

Una semana antes del día señalado, las conversaciones de David se construían a partir de frases como la adaptación del hombre ante la continua modificación del paisaje urbano y el estado inalterable de la fugacidad. A mí sólo me parecía que deliraba, pero presté atención cuando habló de los expedicionarios modernos en que nos habíamos convertido. En la nueva cartografía que estábamos por descubrir. El día se acercaba y comencé a tener el mismo sueño durante varias noches en el que recorría un espacio vacío. Una especie de vértigo me alteraba. David intentó tranquilizarme, me sugirió acompañarlo a correr durante las noches siguientes. Al principio lo hacíamos a una velocidad normal. Poco a poco, David fue aumentando la celeridad y el tramo recorrido. “No pienses en nada más que en el movimiento de tus piernas y tus manos,” me dijo, “en cómo tus pies se posan brevemente sobre el suelo.” De manera paulatina comencé a borrar el paisaje de la ciudad universitaria, en el recorrido veloz me concentré sólo en la agitación de mi cuerpo y percibí que el camino ni siquiera era una línea continua. No existía el camino, sólo estaba yo y el cielo oscuro, despejado; a mis lados

podía sentir extenderse un territorio sin límites, igual que en mi sueño. Seguí corriendo en un estado hipnótico, como si mi cerebro estuviera sedado. David me alcanzó, tomó mi brazo y mi hombro con fuerza y me detuvo.

A mitad de esa semana, David me presentó a Julián, un amigo que hizo en su periplo por las diferentes carreras. Julián era el único que sabía sobre nuestra expedición y quería unirse. David lo había preparado paralelamente sin decirme nada. Yo puse resistencia, hablamos a solas largo rato y al final me convenció de las habilidades de Julián, de que sería más seguro ir los tres que sólo él y yo.

En esos días dejé de ir por completo a clases aunque estaban cerca los exámenes finales. Me levantaba temprano y simulaba ir a la universidad para no despertar sospechas en mi familia. Un mes antes había abandonado, sin decirles nada, mi puesto de ayudante de investigador que me subvencionaba los estudios. Pretexté a mi profesor que mi madre estaba enferma y debía ayudar en casa. David por su parte se había ausentado de la escuela a comienzos de semestre arguyendo que la jurisprudencia no era lo suyo. Él no tenía nada que perder; yo en cambio, ponía en juego mi último año de carrera.

Ese sábado desperté otra vez inquieto. Era temprano, así que traté de dormir de nuevo pero sólo conseguí dar vueltas por la cama, agitado. Cerré los ojos y visualicé el río subterráneo para tranquilizarme. Concentré la imagen en el tragaluz que había visto en el reportaje de los descubridores extranjeros. Los rayos del sol cruzaban nítidos el lecho cristalino. Una línea oblicua luminosa dio una visión esmeralda a profundidad. La evocación fue tan clara que me sentí dormitar sobre el río. Me desperté después de mediodía.

Preparé mis cosas y durante la tarde hablé por teléfono un par de veces con David para ultimar detalles. Acordamos vernos a la una de la madrugada en el terraplén donde habíamos realizado nuestras primeras prácticas. En casa dije que me quedaría con él esa noche para salir a acampar muy temprano la mañana siguiente y no alertarlos con mi ausencia. En las calles desiertas rumbo a San Jacinto miré el cielo despejado y sentí a través de mi abrigo impermeable una brisa fresca que amortiguaba el calor intenso de la tarde anterior. David llegó diez minutos después en su *volkswagen* destartado, levantando polvo del terreno baldío. Del lado opuesto, Julián se aproximaba a pie. Revisamos el inter-

ior de la única mochila que llevaríamos, abandonamos lo que no era indispensable, acomodamos botellas de agua y barras energéticas. Puse en el bolsillo delantero de mi pantalón una brújula, atrás el mapa y una pequeña linterna. David propuso no llevar ningún reloj. Intentaríamos abandonar en lo posible todo aquello que no correspondiera a la vida bajo superficie. David bajó primero por la embocadura, después Julián. Antes de descender, tomé una bocanada de aire y miré la parte delantera del auto que sostenía la soga. Me deslicé experto, con la habilidad que me habían dado las prácticas de prueba. La oscuridad exterior se confundió de inmediato con la de adentro.

El primer tramo del túnel era bajo y angosto por lo que caminamos largo rato encorvados hasta saltar a un altillo. El techo ganaba altura, pero la vereda por la que podíamos andar era imprecisa. David, al tener más equilibrio y elasticidad, iba a la vanguardia dando indicaciones del camino. La linterna alumbraba poco, así que sólo la utilicé para mirar el mapa. Nos acostumbramos rápido a la oscuridad. En nuestras excursiones individuales David y yo habíamos encontrado varias posibilidades de exploración, pero no nos decidimos por ninguna y acordamos hacerlo cuando estuviéramos los tres sobre el terreno y que la intuición nos guiara. Yo anotaba con un lápiz el recorrido. No recuerdo por cuánto tiempo más caminamos. Debió haber sido por horas. En medio de la oscuridad perdí enseguida la noción del tiempo. Hablábamos poco, hacíamos bromas de vez en cuando para relajarnos de nuestros posibles temores aunque más bien estábamos atentos ante lo nuevo, al eco de nuestros movimientos y de todo lo que habitara en esa larga cueva. Creo que estábamos sobre todo asombrados. La humedad del interior me sofocó durante un tramo estrecho y me sentí mareado, no lo comenté para no preocupar a los demás. Sólo le pedí a David detenernos en un resquicio de luz que encontramos. Abrí el mapa, por el trayecto deduje que estábamos cerca del centro comercial de la calle Zaragoza e Independencia. Al suroeste de la ciudad. Me puse en cuclillas para descansar. El agua con barro que escurría por el suelo ni siquiera cubría nuestro calzado. Del boquete de luz que daba al exterior apenas distinguí el ruido de los autos. Era domingo, probablemente cerca de las doce. Un día de verano a esa hora, eran pocos los que se aventuraban a transitar por las calles. Julián repartió las barras energéticas. Comimos sólo una para extender en lo posible nuestras provisio-

nes, pero no quedé satisfecho y pedí otra de mi reserva. Julián miró a David para tener su aprobación. Él iba a protestar, pero debió haberme visto un poco débil porque no dijo nada. Sentía los músculos entumidos y comencé a hacer ejercicios para distraer mi perceptible debilitamiento. Julián, al no encontrar un sitio seco donde descansar, se recargó primero en la pared y luego se sentó sobre el suelo húmedo. Nuestras voces, junto con el ruido de nuestros movimientos, rebotaban por las paredes, y podíamos presentir los varios caminos que se nos presentaban. David estaba serio, pero su seriedad correspondía a su estado en alerta de ese panorama poco evidente para nuestra vista. Aun así, era posible percibir toda una ciudad construida bajo tierra que respiraba con exhalaciones lentas y caldeadas como un dragón adormecido. Un laberinto hecho a base de túneles que se ramificaban a veces sin sentido durante su trayecto. La humedad fría y los vapores variaban según las dimensiones de los conductos por donde nos trasladábamos, a veces a gatas, a veces caminando. A menudo topábamos con un falso camino, un sendero que terminaba en muro y que seguramente nos comunicaba con los cruces del metro porque el sonido metálico de las aspas de los trenes contra las vías era más claro, estridente, y el movimiento de los vagones sacudía con más fuerza la construcción en la que estábamos. El estremecimiento de las paredes me llegaba a todos los músculos, inclusive a los del rostro. Reíamos ante lo nuevo que experimentábamos —el blancor de los dientes de David y Julián era lo único que podía ver de ellos— y hacíamos el trayecto de regreso a un camino que nos comunicara con el resto de la ciudad. Nuestro propósito era llegar a los túneles del centro histórico.

Debían ser las tres de la tarde y yo estaba francamente agotado. Les pedí a los muchachos que buscáramos un acceso para descansar. Encontramos una entrada amplia donde escurría menos agua. Julián y yo nos instalamos. Por la excitación tal vez, David parecía no estar cansado. Me pidió el plano de ruta y dijo que haría una pequeña excursión a los alrededores para ubicar el trayecto. Me quedé dormido por no sé cuánto tiempo. Tuve otra vez el sueño sobre el espacio oscuro sin bordes. Luego de caminar sobre el sueño comencé a ir a nado en aguas tranquilas y al cabo de un rato, pese a la oscuridad, obtenía una visión submarina de una profundidad azulada y desierta. Desperté de aquella oscuridad para pertenecer a otra. Por un momento no tuve una

idea clara de si estaba aún soñando o no. Sentí el cuerpo entumido por estar en la misma posición y la humedad del ambiente me calaba en los huesos. Julián aún dormía y David no estaba cerca. Me levanté, estiré brazos y piernas, sentí un leve dolor en la extremidad izquierda. Recorrí a tientas los alrededores y dije bajo, después en alto, el nombre de David que no respondía. Julián despertó con mis llamados. Me acerqué a él y tropecé con la mochila que en el último tramo cargó David. La había dejado cerca de nosotros. Saqué de ahí una botella de agua y algo para comer más por ocio que por hambre. Decidimos esperar un poco antes de comenzar a buscarlo por los conductos. Julián me contó que estudiaba comunicación pero no le gustaba lo que hacía, estaba fastidiado de su rutina en la facultad, por eso le había pedido a David que lo integrara a la excursión. Era un tipo alto, moreno, de cuerpo fuerte. Se adivinaba que hacía pesas. No era robusto, pero aun así me parecía que sus movimientos eran pesados y la larga caminata lo había fatigado mucho más que a mí. Oía casi imperceptible una lluvia quizá ligera en un sector lejano de donde estábamos. No me preocupé porque en esos meses las lluvias suelen ser cortas y escasas. En un momento más dejaría de oírla. Lo que no lograba escuchar eran los pasos de David. Esperamos en un lapso que me pareció largo. Nos alertó primero el chillido, luego el recorrido que nos constató la presencia de decenas de ratas corriendo de sur a norte. Por suerte nosotros nos encontrábamos en un altillo y sólo pudimos sentirlas pasar abrazados de nuestras rodillas, hechos ovillo. Algo ocurría del otro lado. Propuse a Julián que camináramos en la misma dirección que los roedores. La precipitación del agua se oía más cercana y más fuerte. Era momento de salir, no importaba por qué vertedero. Julián tomó la mochila y comenzamos a andar. El cambio de circunstancias me turbó un poco, me sentía desorientado. La brújula de nada servía puesto que David se había llevado la linterna junto con el mapa. Íbamos por rutas erróneas que nos hacían desandar el camino y elegir otras que en nada nos aseguraban que fueran las correctas. Debía ser de noche porque ninguna luz externa me guiaba hacia una posible salida. El agua se deslizaba rápido por las grietas de concreto y comenzó a tomar altura. En menos de lo que pensamos alcanzó nuestras rodillas. Julián empezó a desesperarse. Yo también pero no lo dije. El agua nos hacía avanzar más lento y teníamos menos percepción del suelo. Julián tropezó con una hendidura y se lastimó un

tobillo. Lo ayudé a incorporarse. Tomé la mochila y busqué un sitio en alto donde poder sentarnos. Entramos a una cavidad caldeada en la que percibí olores humanos. Excrementos, tal vez. Orines. Alguien o algunos habitaban allí y habían estado hacía unas horas porque el hedor de los desechos era reciente. Seres de subterráneos que fantaseé escuálidos con los ojos grandes abiertos más de lo humanamente posible, con las órbitas oculares perdidas por los tóxicos inhalados. Pobre David, me dije, creía estar descubriendo un territorio ya habitado bastante tiempo atrás de imaginarnos este mundo bajo nosotros. Desde mucho antes que nosotros, incluso. No éramos más que falsos exploradores entrando a un territorio habitado, otorgando nombres y trazando rutas que sus nativos habían hecho de antemano sin mapa, brújula o linterna, sólo con la memoria del recorrido cotidiano. Éramos la calca borrosa de los conquistadores españoles sobre el continente americano. Nada habían descubierto porque mucho antes de que ellos imaginaran a nuestros antepasados, estos ya habían soñado con naufragios y catástrofes. Sentí el movimiento ligero de una persona cerca de nosotros, pero perdí enseguida el rumbo que tomó en medio de aquella oscuridad. Julián no percibió nada y deduje entonces que era producto de mi delirio. No podíamos quedarnos más tiempo detenidos, teníamos que seguir caminando hasta encontrar una salida. El sonido del temporal era más intenso. La lluvia golpeaba con fuerza arriba de nosotros y se filtraba en grandes cantidades. El agua en un momento alcanzó nuestra cintura. Y la herida de Julián no sabíamos si sangraba o era sólo la sensación de la humedad y el agua que escurría de su ropa. Llamar a David se había vuelto inútil. El sonido insistente de la lluvia apagaba nuestros llamados. Julián se reintegró para seguir con la búsqueda. Tomé la mochila y al poco rato comencé a sentirla con más peso, la corriente había alcanzado altura hasta la mitad de mi espalda. La solté creyendo que no era indispensable. Sólo saqué de ahí la soga con la que nos sujetaríamos para ascender.

Finalmente adiviné por el sonido más claro de los autos una salida. Como Julián no podía sostenerse bien en pie, fui yo quien lo cargó en hombros para que abriera la boca de metal. Hicimos varios intentos pero no lograba desprender la tapa metálica. El amigo de David estaba pesado, por lo que no pude cargarlo por mucho tiempo. Probé sin conseguirlo, yo subido a él. El agua iba en ascenso, le dije que sería mejor buscar otra salida, aquella por

donde los roedores y los nativos lo habían hecho, pero cuál. Debía estar cerca. Sin embargo, por el sentido que tomaba la corriente adivinaba que había varios conductos. Teníamos que ser rápidos. De pronto dejamos de caminar para ser arrastrados por la corriente. Los conductos perdieron altura o era yo el que flotaba más allá de mi propia estatura, porque el techo estaba a unos palmos de mi cabeza. Teníamos sólo un pequeño corredor de aire. Julián se oía fatigado. Me hablaba con la voz desgarrada y, en un momento, tiró de mi camisa y me hundió por el peso del tirón. Me sobrepuse pese a que Julián estaba asido a mí. Busqué algo de donde él pudiera sujetarse y le indiqué algunos movimientos para mantenerse a flote con la respiración uniforme; mientras yo seguía rastreando. Julián me pidió que no lo dejara solo pero creí que así perderíamos más tiempo. Continué a nado, palpando el techo en busca de una salida. En un tramo encontré varias rendijas, sin embargo eran demasiado pequeñas para emerger a la superficie. Me sujeté fuerte de una hendidura y contuve la respiración por la corriente espesa que llevaba pedazos de basura y restos de animales. Pensé en David, quizá él habría podido escapar de la lluvia o se encontraba igual que nosotros en algún túnel lejano. Mientras cavilaba, entré a un ducto mayor porque ya no lograba tocar las paredes y el techo ya no estaba a mi alcance, eso me hizo tener una esperanza. Pronto me topé con un muro. Temí estar en un falso camino, así que deduje que había nadado en círculo y que me había encontrado con la pared paralela a mi recorrido. Comencé a moverme sin rumbo. Mis sentidos estaban embotados por el continuo golpear del aguacero y el frío de mi cuerpo en la corriente. Había perdido dirección. Quise gritar para guiarme por el eco de mi voz, pero no pude sacar ningún sonido. En lugar de ello, tragué agua sucia, comencé a respirar con desesperación y a manotear hasta agotar mis fuerzas. Allí estaba, indefenso ante aquellos corredores oscuros que nos habían derrotado. Su minotauro parecía cobrar por fin su tributo en una contienda mal jugada por nosotros. El agua llegaba en oleadas, chocaba contra el muro y se devolvía buscando territorio dónde expandirse, avanzando como un animal nocturno. Yo, su presa, luchaba contra el cansancio de mi cuerpo adormecido y sólo lograba ligeros movimientos para mantenerme a flote. Traté de calmarme pensando en el río subterráneo a donde iría cuando todo esto pasara. En la línea luminosa que refractaba el color esmeralda en el fondo de las aguas donde habían

estado los exploradores. Cerré los ojos para atraer con fuerza la imagen, evitar la sensación de la corriente en ascenso y la de mi cabeza que ya topaba contra el techo. Mis respiraciones se tornaron agitadas y no pude concentrarme. Afuera, la lluvia se convirtió en un sonido monocorde cada vez más lejano porque, vencido, solté la cuerda que nos ayudaría a salir a la superficie. Y relajé los músculos de mi cuerpo para abandonarme en lo profundo del lecho acuoso de aquel laberinto.

ÍNDICE

TRECE CUENTOS IBEROAMERICANOS / SIGLOS XIX, XX, XXI

FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES (Cuba/España)
DECÁLOGO DEL ESCRITOR DE NARRATIVA, 7

MANUEL PAYNO (México)
AMOR SECRETO, 9

MANUEL A. ALONSO (Puerto Rico)
LA LINTERNA MÁGICA, 15

VICENTE RIVA PALACIO (México)
EL DIVORCIO, 19

JOSÉ MARÍA MACHADO DE ASSIS (Brasil)
UN HOMBRE CÉLEBRE, 22

HORACIO QUIROGA (Uruguay)
LA TORTUGA GIGANTE, 32

JOSÉ EUSTASIO RIVERA (Colombia)
LA MÉNDIGA DEL AMOR, 37

ABRAHAM VALDELOMAR (Perú)
EL BUQUE NEGRO, 40

CÉSAR VALLEJO (Perú)
EL VENCEDOR, 47

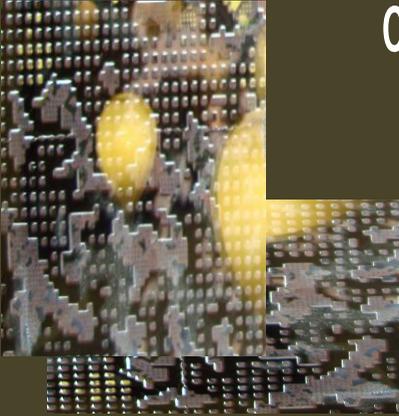
FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES (Cuba/España)
EL ESPACIO DEL AMOR POSIBLE, 51

MAYDA BUSTAMANTE FONTES (Cuba/España)
LA SILLA, 65

FÁTIMA MARTÍNEZ CORTIJO (España)
EL TREN PARTIÓ, 68

SALOMÉ GUADALUPE INGELMO (España)
SUEÑAN LOS NIÑOS ALDEANOS
CON LIBÉLULAS METÁLICAS, 72

LILIANA PEDROZA CASTILLO (México)
SUBTERRÁNEOS, 80



CUENTOS IBEROAMERICANOS DECÁLOGO DEL ESCRITOR DE NARRATIVA

Ópticas, sensibilidades y estilos
de tres siglos
en narraciones que prolongan
el centro del blanco

Francisco Garzón Céspedes (Cuba/España) y José Víctor Martínez Gil (México) son dos creadores que, además de los cuentos leídos, han escuchado miles en tres continentes, narraciones llegadas a lo oral desde procedencias de unas y otras épocas. Ellos residen en Madrid y de algún modo en el mundo por donde viajan con sus historias: escritores, profesores de oralidad y comunicación, conferenciantes, narradores orales escénicos, directores de escena, entre más, son los responsables de Ediciones COMOARTES, proyecto fundado en el 2007 en Madrid y México D. F. con difusión a más de 23,000 contactos directos por el planeta, y han elegido para este volumen trece de los muy diversos cuentos que publicaron en estos años (de donde no es ésta una Antología de la cuentística iberoamericana). Cuentos provenientes de trece escritores: creaciones surgidas en tres siglos para un conjunto donde los autores aparecen según su nacimiento. Los cuentos escritos en el Siglo XIX en estas páginas son: “Amor secreto” de Manuel Payno (México, 1810/1834), “La linterna mágica” de Manuel A. Alonso (Puerto Rico, 1822/1889), “El divorcio” de Vicente Riva Palacio (México, 1832/1896), “Un hombre célebre” de J. Ma. Machado de Assis (Brasil, 1839/1908). Los cuentos escritos en el XX son: “La tortuga gigante” de Horacio Quiroga (Uruguay, 1878/1937), “La mendiga del amor” de José Eustasio Rivera (Colombia, 1888/1928), “El buque negro” de Abraham Valdelomar (Perú, 1888/1919), “El vencedor” de César Vallejo (Perú, 1892/1938). Los cuentos escritos en el XXI son: “El espacio del amor posible” de F. Garzón Céspedes (Cuba, 1947, España, selección de J. V. M. G.), “La silla” de Mayda Bustamante (Cuba, 1952, España), “El tren partió” Fátima Martínez (España, 1963), “Sueñan los niños aldeanos con libélulas metálicas” de Salomé Guadalupe Ingelmo (España, 1973). “Subterráneos” de Liliana Pedroza. COMOARTES ha publicado otras maravillas que esperan otras selecciones. Unas que al igual que las de este volumen son historias que prolongan el centro del blanco.